LA VIDA PUEDE CAMBIAR EN UN INSTANTE, ¿Y TÚ?

DECISIONES

LORENA A. FALCÓN

Contents

Portada
Copyright
Libros de la autora
Ella (I)
Él (I)
Ella (II)
Él (II)
Ella (III)
Él (III)
Ella (IV)
Él (IV)
Ella (V)
Él (V)
Ella (VI)
Él (VI)
Ella (VII)
Él (VII)
Ella (VIII)
Él (VIII)
Ella (IX)
Él (IX)
Ella (X)
Él (X)
Ella (XI)
Él (XI)
Ella (XII)
Él (XII)
Nota de la autora
Sobre la autora
Agradecimientos
Otras obras publicadas
Intercambios (extracto)

DECISIONES

Lorena A. Falcón

Copyright © 2018 Lorena A. Falcón

Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Cover Design by James, GoOnWrite.com

Otros libros de la autora

Brujas anónimas
Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales
Libro I - Un último conflicto

El reino entre las nieblas
Libro I - Un camino marcado

Novelas - Tomos únicos
La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados

Cuentos
Por un par de alas

No ficción
¿Quieres escribir una novela?
¿Quieres escribir un cuento?

Visita la página de Lorena A. Falcón

Ella (I)

SE DESPERTÓ CON LENTITUD, casi como si no quisiera salir del sueño, había una parte de ella que deseaba quedarse donde estaba, aun cuando no supiera dónde era eso. Al final, fue el olor poco familiar que la rodeaba lo que la forzó a abrir los ojos.

Estaba a oscuras, en una habitación que no era la suya. Se incorporó con el cuerpo adolorido y frunció el ceño. ¿Qué había estado haciendo la noche anterior? No recordaba nada excepto haber salido del trabajo y haber ido directamente a su casa. Era un día entre semana y no había posibilidad de que hubiera programado una salida esa noche, no era su estilo. Siempre había sido muy feliz al quedarse en casa y mirar la televisión junto con su gata.

Escaneó alrededor, ¿dónde estaba su gata?

No, claro, no estaba allí, ¿cómo podría? Esa no era su habitación, esa no era su casa. ¿Acaso había tomado unos tragos y se había ido con algún hombre a su departamento? No era algo que no hubiera hecho antes, pero jamás había olvidado por completo una noche entera. Nada le parecía conocido, no era un lugar donde hubiera estado antes. Echó un vistazo al otro lado de la cama, no parecía que allí hubiera dormido nadie más.

Se levantó despacio, con los músculos todavía entumecidos y con un pequeño dolor de cabeza. Se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Apartó la cara de golpe, la luz del sol era fuerte, debía de ser ya el mediodía. ¿Se había quedado tan dormida que había faltado al trabajo?

«No puede ser que me haya desviado tanto», pensó. Esa no era su forma de ser, no tenía sentido.

Recorrió la habitación en busca de su ropa, pero no estaba tirada por el piso ni debajo de la cama, ni siquiera entre las sábanas. Por curiosidad, abrió el ropero: rebosaba de ropa de mujer.

—¡Encima con un hombre casado! —Se sentía todavía más indignada consigo misma.

Al menos, vestía un pijama…

Se miró a sí misma y sintió el peso de la ropa sobre la piel. ¿De quién sería ese pijama? ¿Acaso era…? Sintió un asco repentino, pero no se lo podía sacar, no tenía nada más que ponerse.

—No conseguiré nada aquí.

Suspiró con fuerza antes de abrir la puerta de la habitación. Tenía que encontrarlo a él, tenía que pedirle que le devolviera su ropa y tenía que volver a su casa. Por sobre todo, tenía que hacerlo ahora, no podía continuar con esa locura por más tiempo. ¿Qué sucedería si la dueña de esa ropa apareciera allí? Podría ocurrir en cualquier momento y sería una situación que no quería vivir.

Revisó la casa, era obvio que vivían varias personas allí, no solo una pareja casada, sino también niños. ¿Ese hombre estaba loco acaso?

—O tal vez ellos están de vacaciones —murmuró.

De todas formas, era un poco extraño que él la hubiera llevado a la misma casa donde compartía la vida con una mujer e hijos.

El lugar se encontraba vacío en ese momento. Si él estaba por algún lado, si existía incluso, no era allí. Se acercó a las ventanas del frente de la casa y espió a través de las cortinas. Ya se había acostumbrado a la luz, pero no quería caer bajo las miradas indiscretas de los vecinos. Miró de un lado al otro de la calle, le parecía tan familiar, casi como si…

—¡Pero si es mi barrio!

Estaba a solo unas calles de su casa. Corrió de regreso a la habitación y buscó entre las ropas de hombre, sería más fácil devolver esas y que él dijera que las dejó en el gimnasio que intentar explicar a su mujer por qué le faltaban prendas de su ropero.

Apenas terminó de vestirse, corrió hasta su hogar, pero se detuvo antes de entrar. Allí había algo raro, los colores de las paredes eran diferentes, no estaban sus plantas ni el plato de comida de su gata.

Dio vuelta al edificio a la vez que intentaba comprender cómo podía haber cambiado de color de la noche a la mañana y dónde podría estar la gata. Sin embargo, no encontró ni a su mascota ni explicaciones, lo que sí había, en el patio trasero, eran juguetes que correspondían a un perro.

—Esto no puede ser —susurró y un ruido le llamó la atención desde dentro de la casa.

¿Había alguien allí?

Esto era peor de lo que había creído. ¿Cómo las cosas podían haber ido tan mal en una noche que ni siquiera recordaba? Se llevó las

manos a las sienes, todavía le dolía la cabeza.

Tenía que hacer algo ya, no podía dejar que la situación siguiera enloqueciendo. Se acercó a la puerta de entrada y golpeó con fuerza. Le abrió un hombre mayor y se oyó de fondo una voz femenina que preguntaba quién era. Él la miró de arriba abajo y una sonrisa se le dibujó en el rostro.

Él (I)

PASÓ CON TANTA VELOCIDAD que casi no se dio cuenta. Estaba caminando por la calle, apenas comenzaba a anochecer y todavía había bastante luz, un resplandor azul que pintaba todos los tonos del mismo color. Hacía un tiempo agradable y fresco y él andaba con facilidad, una de las pocas cosas que podía hacer tranquilo últimamente. En esos momentos, podía simular que nada había pasado, que todo seguía igual. Alejado del barullo del mundo y de las constantes noticias de desapariciones, que ya no eran ninguna novedad y apenas se notificaban.

Entonces sucedió. Justo frente a él. Una mujer caminaba en el sentido contrario, concentrada en la pantalla del celular, agitada, como si se le hiciera tarde para llegar a algún lugar. Y, de repente, ya no estaba allí. Él se detuvo y pestañeó. No había nadie caminando hacia él. ¿Acaso…?

O tal vez podía haber sido él, era así como sucedía. Se palpó el cuerpo. Miró en rededor, ¿acaso era él el que se había trasladado? Todo a su alrededor se veía igual, no tenía forma de diferenciar ese mundo de…

—¿Vio eso? —Se acercó un viejo corriendo con un bastón—. ¿Vio eso?

Dante volvió a pestañear.

—¿La mujer?

—Sí, sí —asintió el viejo casi sin respiración—, la mujer. Desapareció justo frente a usted. —Le puso una mano sobre el antebrazo—. ¡Qué suerte tuvo! —Miró de reojo el suelo frente a ellos, como si fuera abrirse en cualquier momento—. Qué suerte tuvo.

Dante asintió lentamente.

Entonces, era la mujer la que se había trasladado, él seguía en el mismo lugar. No estaba seguro de cómo eso lo hacía sentir. Debería

estar feliz… Sin embargo, parte de él sentía que había perdido su oportunidad, su chance de ir tras ellos.

—¿Está bien? —El viejo le estaba agitando el brazo—. ¿Está bien?

—Sí, sí. —Dante, con gentileza, se liberó del agarre del viejo—. Creo que será mejor que regrese a casa.

—Sí —asintió el anciano enfáticamente—, debemos irnos a casa, aunque ni allí estamos a salvo. ¿Sabe que algunos desaparecen de sus propios hogares? ¿De sus propias camas?

Dante sonrió y se apresuró a irse. No le contestó, ¿qué podía decir? No había ya nada que agregar ni nadie que pudiera comentar algo sobre lo que sucedía.

Pensó que, cuando llegara a su casa, se olvidaría de todo. Pero no podía dejar de pensar en esa mujer, recordaría su rostro de por vida. Tan concentrada en su celular, tan ajena a lo que sucedía alrededor, a lo que le pasaría en el instante siguiente. ¿Habría sentido algo? ¿Habría notado que todo iba a cambiar?

Por lo que había leído, no. Los trasladados decían que no se sentía nada en absoluto antes del traslado y solo un leve dolor de cabeza y algo de contractura cuando se despertaban en el nuevo mundo.

¿Habría sido así para su familia también? Su hijo era tan pequeño, apenas tenía seis años. ¿Se acordaría del mundo en el que había nacido? Probablemente, ni siquiera recordara a su padre.

¿Y si hubiera llegado a ese punto en la vereda antes que la mujer? ¿Habría sido él? Tal vez. A lo mejor, si la hubiera sostenido un segundo antes…, se hubiera ido con ella. Pero no, no había tiempo, estaba allí y al pestañeo siguiente, no. Justo como le habían dicho que había pasado con su mujer e hijo.

Ese día no había ido al supermercado con ellos. ¿Por qué no había ido con ellos? Si hubiera estado allí, si hubiera estado con ellos, si se hubiera *ido* con ellos… Pero no, lo habían dejado aquí y ni siquiera le habían avisado. Como esa mujer, estaban y no estaban. Pero él tardó horas, días en saberlo con seguridad. Semanas en aceptar que ellos ya no volverían. Y ahora esta mujer se lo recordaba todo en un solo segundo.

Si tan solo hubiera ido al supermercado con ellos, tal vez…, tal vez… se hubieran ido todos juntos o tal vez no se hubiera ido ninguno. ¿Cómo podía saberlo ahora? No podría hacerlo nunca, nunca más. Así como esa mujer nunca llegaría a donde fuera que iba corriendo mientras miraba el celular. ¿Y si se cruzaba con su familia? Tal vez podría haberle enviado un mensaje.

Se detuvo un momento mientras cerraba la puerta de su casa, apenas recordaba haber llegado. ¿Y si hubiera podido enviar un

mensaje? No, no. Negó con la cabeza. Fue un segundo y al siguiente ella ya no estaba allí. No hubo tiempo para nada, ni para mensajes ni para despedidas.

Si él hubiera caminado más rápido, si hubiera ido al supermercado, si hubiera sabido, si hubiera podido detenerlo… Pero nadie podía hacerlo, nadie podía saber, simplemente sucedía cualquier día y en cualquier momento.

Ella (II)

—¿QUÉ ESTÁ HACIENDO EN MI CASA? —preguntó Selena sin siquiera presentarse. ¿Por qué debería hacerlo? Estaba en su casa, era su derecho y él no tenía ninguno allí. Aunque parecía que estaba acostumbrado a estar en aquel lugar y la sala que se vislumbraba detrás de él no era la suya, la que había tardado meses en decorar.

—¿Perdone? —dijo el hombre, a quien ya se le había borrado la sonrisa.

—¿Qué está haciendo usted aquí? Quiero saberlo de inmediato. —Selena parpadeó con fuerza—. Explíqueme ahora mismo qué hace en mi casa y dónde está mi gata.

—Disculpe, señorita, pero me parece que está equivocada. Esta es mi casa, vivo aquí desde hace más de treinta años.

Selena negaba con la cabeza a la vez que escuchaba al hombre hablar.

—No, no puede ser, *yo* llevo aquí casi diez años, todavía la estoy pagando.

—Señora, creo que está confundida —repitió con más firmeza el hombre a la vez que se aferraba al picaporte con tirantez.

Su mujer apareció por sobre su hombro.

—¿Quién es?

—Ve dentro, yo me ocupo de esto.

La mujer lo miró de reojo y se alejó refunfuñando.

—Mire, señor, pasé una mala noche y solo quiero regresar a mi casa. No quiero problemas, solo déjeme entrar y váyase. Esta broma no tiene gracia.

—Señora, es innegable que pasó una noche de lo más interesante —el hombre volvió a echar una mirada a su ropa— y justamente por eso se equivoca de casa. Las del barrio son todas similares.

—No, no, estoy segura. ¿O acaso cree que estoy loca? Esta es mi casa, usted está invadiendo mi propiedad y además le cambió los colores. Cómo pudo hacerlo en una noche no lo sé, pero quiero que me la devuelva. ¿Dónde está mi gata?

—Señora, creo que debe irse ya. —El hombre comenzó a cerrar la puerta.

—No. —Selena se adelantó para intentar mantener la puerta abierta, pero llegó demasiado tarde. La golpeó con fuerza mientras del otro lado se escuchaba cómo corrían las cerraduras y las trabas—. Déjeme entrar, esta es mi casa, ¿me oyó? ¡*Mi* casa!

Levantó la mano una vez más para aporrear la puerta y alguien la aferró de la muñeca. Se giró tan rápido que perdió el equilibro y se hubiera caído si no fuera porque él la sostuvo.

—¿Quién es usted? —Selena frunció el ceño.

—Ven, vamos a otro lugar a hablar con tranquilidad.

—Yo no pienso ir a ningún lado con usted ni con nadie más, solo quiero entrar en mi casa.

Intentó volverse otra vez hacia la puerta.

—Esta no es tu casa.

Los hombros de ella se tensaron, aunque no se giró. Alzó el brazo y de nuevo le agarraron la muñeca.

—¿Quién se cree que es?

Él apretó los labios antes de contestar. Suspiró.

—Esta no es tu casa, Selena. No en este mundo.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Selena, por favor, vayamos a otro lugar a hablar con calma.

—No quiero hablar con calma, quiero saber qué está pasando. ¿Qué sucedió anoche? ¿Por qué no recuerdo nada?

—Ninguno de los trasladados lo hace.

—¿Los trasladados…? No, no. —Negó con la cabeza y se alejó de él, pero no podía retroceder mucho. A los pocos pasos, su espalda dio contra la puerta. Pudo sentir la mirada de la pareja de ancianos a través de la ventana, así como oír sus cuchicheos.

«No, no puede ser, no puede estar pasándome esto a mí. Eso es algo que le sucede a los demás, a los extraños, a… No, no puede ser».

Él se acercó unos pasos más y la tomó de ambos codos; ella tenía las manos sobre el pecho.

—Ven, vayamos a otro lado.

—No, no puede ser, esto no puede estar pasando.

—¿En tu mundo no hay traslados?

—Sí, pero… pero… no a mí.

Él sonrió brevemente, con un poco de lástima.

—Nadie está exento, es algo que solo sucede, de repente.

Ella pestañeó con fuerza.

—Pero no, no puede ser. —Se volvió hacia la puerta y oyó cómo los viejos, del otro lado, se apresuraban a alejarse—. Esta es mi casa, es mía, vivo aquí desde hace años y tardé tanto tiempo en decorarla, ni siquiera terminé de pagarla… —Ya no podía contener las lágrimas —. ¿Y mi gata?

—Vamos, Selena —tiró del brazo de ella con suavidad—, vayámonos de aquí.

Ella dejó que él la guiara, de regreso a la casa donde había despertado. También aceptó que la sentara a la mesa y le sirviera un té, que no terminaba de echar humo.

—¿Quién eres?

Él volvió a sonreír con tristeza.

—Soy tu marido —dijo sin mirarla de frente—, bueno, el marido de la Selena de este mundo.

—¿Y ella?

Él se encogió de hombros.

Eso no podía estar sucediendo. No podía haberse trasladado.

Volvió a mirar la casa, *su* casa, y pensó en la ropa en el ropero, *su* ropa. Observó al hombre, que no le quitaba la mirada de encima. ¿Tenía un marido? No, ella nunca había querido un marido, eso no podía ser cierto.

Él (II)

LAS DESAPARICIONES HABÍAN COMENZADO hacía unos años. Al principio, fueron pocas personas; después de unas semanas, se aceleró. Cada vez más desaparecían de repente. Nadie sabía por qué, nadie sabía a dónde y nadie sabía si volverían. Tardaron meses en descubrir que no lo harían, sobre todo porque nadie regresó, pero también porque aparecieron otras personas.

¡Cuál fue la sorpresa cuando descubrieron que no eran las mismas que se habían ido! Al decir verdad, lo eran, pero no. Eran casi iguales, aunque había diferencias en ellos, en los mundos que describían y los que estaban allí.

Fue entonces cuando los científicos de todo el mundo se pusieron de acuerdo en que las personas no desaparecían, sino que se trasladaban a un mundo alternativo, otra realidad posible.

Dante sonrió, esa teoría todavía le parecía irreal, sonaba tan de ciencia ficción. Sin embargo, los universos paralelos o alternativos eran una teoría física que muchos tomaban en serio. Hacía mucho tiempo que era posible teóricamente y ahora todos aseguraban que había sido comprobada en la realidad. Pero cómo y por qué era algo que todavía seguía en las sombras. Y, lo más importante, quién sería el próximo era imposible de saber. No había ninguna lógica en la selección de personas que desaparecían. Ni siquiera volvían a aparecer todos los que se iban. Intentaron todo para mantenerlas aquí, pero no había forma de que no se esfumaran, no había señales, solo una espera insufrible.

A nadie le asombró que la gente se volviera loca, que las sociedades se sumieran en el caos. ¿Cómo podían vivir sin saber si estarían allí en el segundo siguiente? ¿O si la persona que estaba con ellos, momentos después, podía convertirse en otra versión de sí mismo? Incluso una tan diferente que podía desdeñar toda su vida en

este mundo. No había forma de que una sociedad sobreviviera así, tampoco de que una familia se mantuviera unida de esa manera. Aun cuando se aferraran unos a otros.

A veces eran trasladados todos, pero otras se iban apenas unos cuantos. A él lo habían dejado solo, y nunca había pensado que sucedería. ¿Por qué tuvo que pasarle a él? Había tantas personas que habían desaparecido en el barrio, ¿por qué tenía que ser su familia?, había otras que seguían enteras. Aunque nadie sabía durante cuánto tiempo seguiría siendo así. Y una parte de él se alegraba de saber eso.

—No, está mal —susurró a nadie en particular.

Sin embargo, no había forma de no sentir cierta antipatía por aquellos que no habían perdido a nadie. Existían, aunque cada vez quedaban menos en ese grupo.

Lamentablemente, la ciencia parecía saber menos que antes. Después del entusiasmo inicial, cuando se comprobó la existencia de universos paralelos, se enfrió la búsqueda de más conocimiento porque era imposible descubrir qué era lo que sucedía ni por qué ni cuándo se detendría –si lo hacía– y qué personas eran más susceptibles…

Nada. Habían pasado años y todavía no descubrían nada. Habían tenido cierta esperanza en los científicos que habían aparecido desde el otro mundo, pero ellos sabían tan poco como los que estaban de este lado y, después de deleitarse con el haber viajado a un universo paralelo, se deprimían al darse cuenta de que no podían volver, de que no estaba permitido regresar y no había más que seguir adelante. Y era lo que todo el mundo hacía, lo que todos los líderes decían, lo que incluso algunas religiones recomendaban (además del predecible fin del mundo): no quedaba más que seguir adelante.

—Sí —dijo él y miró la casa que había compartido con su familia, ya no quedaban fotos de ellos allí.

Tenía que olvidarlos, debía olvidarlos. Habían pasado demasiados años para que apareciera alguno de los dos del otro mundo, ni siquiera ese consuelo le había tocado a él. Solo le quedaban la aceptación y el olvido.

Suspiró y subió a su habitación a oscuras. Esa mujer seguía desapareciendo en su mente una y otra vez. Tenía que olvidarla también, olvidarlo todo, eso ya había pasado. Debía conseguir una nueva familia. Sí, tenía que seguir adelante, todavía era joven, podía encontrar otra mujer, podía tener otros hijos. El suyo ya lo habría olvidado, su mujer… tal vez estuviera con su otro yo. Era hora de que él también siguiera adelante, como toda la sociedad le sugería.

Era la única forma de que el mundo siguiera girando. Las personas iban y venían, pero el mundo seguía dando vueltas y había que girar con él. Ya había dejado la casa sin ningún rastro de su

familia, ahora tenía que encontrar o crear una nueva. No podía ser tan difícil, la gente lo hacía todo el tiempo, se divorciaba y se volvía a casar y se volvía a divorciar y se volvía a casar.

Al día siguiente, en la noche, saldría a tomar un trago, tal vez conociera a alguna mujer, tal vez una que no desapareciera justo frente a él.

Ella (III)

ESPERÓ HASTA QUE ÉL SE DURMIERA. *Él*, su marido. Se relamió los labios y frunció la nariz, como si algo le supiera mal. No podía ser cierto, aun cuando supiera que sí lo era. La existencia de un universo paralelo era algo que se había comprobado hacía años, cuando comenzaron a desaparecer las personas. O más bien a trasladarse. Porque algunas se iban y a veces, solo a veces, algunas de ellas llegaban. Pero eso siempre era algo que le pasaba a alguien más, no a ella. ¿Por qué tuvo que sucederle a ella? Era feliz con su vida, no era justo, no era justo que la llevaran al mundo donde se había materializado aquello de lo que siempre había rehuido.

La respiración a su lado se hizo más acompasada, lenta y profunda. La de su marido, el que nunca había querido. Se había esforzado siempre por tener solo relaciones casuales. Ella no iba a ser otra de esas mujeres que hacían cualquier cosa por casarse y tener hijos. No necesitaba esa vida, estaba contenta con la suya.

Suspiró. Allí acostada, en esa casa ajena que otra como ella había elegido, sintió que lo único que extrañaba era a su gata. ¿Qué le habría pasado? ¿Cómo estaría? ¿Se habría trasladado la Selena de ese mundo al suyo, como un trueque? Y si era así, ¿cuidaría de su gata? Probablemente, ni siquiera sabría dónde vivía e iría a buscar a su marido. La sacudió un escalofrío y el cuerpo a su lado se removió. Ella se quedó inmóvil, no quería que se despertara, había esperado tanto a que se durmiera. Por suerte, los niños no estaban allí. Los niños…

Selena frunció el ceño, eso sí que no se lo había esperado. ¿Cuándo ella había querido ser madre? Obviamente, ese mundo tenía una versión muy diferente de ella misma y no estaba dispuesta a quedarse allí para averiguar más.

Poco a poco, para que no se moviera mucho el colchón, se levantó de la cama. Ya había dejado ropa preparada en el comedor:

prendas que eran suyas, pero que no hubiera reconocido nunca. Bajó los escalones con calma, en silencio, conteniendo la respiración a cada paso. Se vistió con la misma lentitud, siempre con un oído atento al piso de arriba. Aunque parecía que su marido tenía un sueño pesado.

Su marido. Se había acostumbrado demasiado rápido a llamarlo así. No era su marido, era el marido de ella, y esa mujer no era ella, no realmente.

Abrió la puerta con cuidado y salió a la calle. Estaba fresco, el aire era limpio y la luna se veía despejada. No estaba muy segura de a dónde quería ir, no podía ir a su casa, así que se le ocurrió regresar al último lugar donde recordaba haber estado antes de ser trasladada. Había salido del trabajo y estaba apurada por llegar a su casa. Había olvidado dejar suficiente comida para la gata, pobre, ojalá no estuviera sufriendo.

«Pero los gatos suelen arreglárselas por sí mismos bastante bien», se decía para tranquilizarse.

Llegó a la calle bastante rápido, había estado a solo unas cuadras de su casa cuando había desaparecido. Si tan solo…

«No —sacudió la cabeza—, eso daba igual».

Por lo que había oído, no importaba dónde estuviera uno ni quién fuera. Su casa no hubiera sido una protección. Pero quizá hubiera llegado a ver a su gata.

Se agachó y pasó la mano por el piso sucio. A lo mejor sí era el lugar lo que determinaba el traslado. Tal vez si no hubiera pasado por allí en ese momento, cuando se abrió el pasaje hacia el otro mundo…

Se puso de pie, allí no había nada. Era una calle normal, con aire corriente a su alrededor, todo demasiado mundano. Giró sobre sí misma varias veces, mientras intentaba ver algo, cualquier cosa, un chispazo; no había nada.

Nadie sabía qué era lo que sucedía en los traslados ni cómo. Los científicos llevaban años intentando adivinarlo…

—En mi mundo —dijo de pronto en voz alta, aunque estuviera sola en mitad de la calle—. Tal vez en este sí sepan más.

Se animó de repente y comenzó a caminar con velocidad, a correr, hacia el norte. Hacia donde, en su mundo, había un centro comercial. Quizás estuviera cerrado, pero quizás no, tal vez tuviera conexión a internet.

El lugar estaba casi despoblado bajo la luz mortecina y todas las máquinas estaban vacías. Buscó durante horas en todos los enlaces que encontró, pero la respuesta era la misma. Allí tampoco sabían nada, no sabían cómo encontrar el otro mundo, mucho menos cómo comunicarse con él.

Estaba atrapada allí, en la vida de la Selena que no reconocía, que no era ella. Se frotó la cara con la mano, esa no era ella, nunca

habría elegido la vida que tenía ahí. Se echó hacia atrás con silla y todo y se sopló el flequillo. Cuando levantó la vista, allí estaba: su marido, vestido así nomás encima del pijama, mirándola.

Él (III)

HABÍA SIDO BASTANTE FÁCIL AL PRINCIPIO, solo tenía que ir al bar que solía visitar cuando era soltero y entablar conversación con alguna mujer que le interesara. Había varias allí. Lo complicado era encontrar una que quisiera también formar una familia, la mayoría deseaba solo relaciones casuales o un noviazgo, pero él no tenía tiempo para esas cosas, quería una familia ya, en ese momento. ¿Cuánto tiempo más tenía que esperar? Ya hacía más de dos años que había perdido a su familia y estaba listo para tener otra. Había aceptado su desaparición, ahora solo tenía que rehacer su vida, ¿por qué le estaba resultando tan difícil?

—¿Te gustan los niños? —le preguntó a la rubia que tenía delante, la que había pedido una gaseosa en vez de un trago. Eso le había parecido gracioso, interesante.

—Me encantan. —Ella sonrió—. Siempre que mi hermana me visita, me quedo con mi sobrino durante horas mientras ella y su marido se toman un descanso.

Dante sonrió también y se relajó. Se acomodó en la silla, tal vez esta fuera la indicada.

—A mí también me encantan, siempre quise tener hijos.

—Y yo, aunque todavía soy joven —miró alrededor como si buscara algo—, al menos eso me dicen.

—No creo que haya edad para ser padres, es uno el que sabe si se siente preparado o no.

—¿En serio piensas eso? —Había tanta esperanza en su mirada que Dante sintió que inflaba la suya propia.

Antes de que pasara un mes, ya estaban viviendo juntos. Ella era divertida y simpática, hacía poco que había terminado de estudiar y todavía no encontraba un trabajo acorde con su título. A él no le importaba, si fuera por él, prefería que no trabajara más que en la

casa, él podía mantenerla. Aunque no creía que fuera el momento de decirle eso todavía, aún tenía miedo de ahuyentarla y no podía arriesgarse a ello. Pronto serían tres años desde que perdió a su familia y tenía que recuperarla cuanto antes.

—Pero no, no puedo pensar en eso, porque ya lo olvidé, ya lo acepté.

Ella llegó a casa con una sonrisa encantadora, había salido con sus amigas de la universidad.

—¿Cómo te fue?

—Muy bien, fue una noche fantástica, aunque creo que —frunció los labios un momento—, no lo sé, creo que comenzamos a separarnos.

Él asintió a la vez que la acompañaba al sofá, con una mano firme en su baja espalda. Se sentó a su lado y le prestó toda su atención, como a su exmujer le gustaba que hiciera.

—Es como si no quisiéramos ya las mismas cosas, hoy tardamos mucho en ponernos de acuerdo en qué hacer, a dónde ir.

—Es normal. Cada uno madura a su propio tiempo, al final solo quedarás en contacto con alguna de ellas. No te preocupes, harás otras amigas que estarán en la misma etapa de la vida que tú.

—Sí —asintió ella con lentitud—, aunque es una pena que tengamos que separarnos. Están celosas de ti, ¿sabes?

—¿De mí?

—Sí, creen que me apresuré al mudarme aquí tan rápido.

—¿Tú qué piensas?

Ella sonrió.

—Yo soy feliz.

—Eso es lo único que importa. —Él le acarició la mejilla antes de besarla.

A los seis meses, él se relajó. Ahora estaba seguro de que ella era la indicada, ya había hecho esto una vez y reconocía los signos. En la cena de esa noche, le propondría matrimonio. No importaba que a los demás les pareciera apresurado, él no era tan joven y lo único que importaba era que ellos fueran felices, y lo eran.

Dos meses después, estaban casados y él por fin pudo respirar con calma. Ella había conseguido un trabajo de acuerdo con su profesión y la pasaban muy bien juntos. Era como si la luna de miel todavía no hubiera terminado. Dentro de poco, él le diría que ya no hacía falta preocuparse por métodos anticonceptivos. Tal vez al principio solo serían unos olvidos explicables, el apuro del amor. Sí, tenía que ver primero si a ella le preocupaban esas cosas antes de proponerle que no se cuidaran más, que pasara lo que pasara, ellos estarían listos. Después de todo, a ambos les gustaban los niños, ¿no?

Cumplieron un año de casados y ella ya estaba embarazada.

Después de los comentarios usuales de las familias de ambos sobre lo rápido que había ocurrido, todo el mundo se había entusiasmado con el bebé. Como él sabía que ocurriría. Por fin, las cosas se estaban acomodando; por fin, recuperaba a su familia. Ya casi había perdido el contacto con lo que sucedía a su alrededor. Seguramente seguían ocurriendo traslados, pero después de esa mujer que había visto en la calle, no supo de ninguno más o tal vez no quiso saberlo. Dentro de pocos meses, llegaría su hijo, eso era lo único que importaba.

Ella (IV)

DEJÓ QUE LA LLEVARA A LA CASA, porque… ¿qué más podía hacer? Pero no le habló, no importaba cuánto él intentara mantener una conversación. No había nada que decir. A Selena solo le importaba responder a una pregunta: ¿cómo podía hacer para regresar a su mundo? A él no le interesaba eso, parecía estar empeñado en continuar con la vida normalmente allí donde se había interrumpido. Solo necesitaba una Selena a su lado, aunque no fuera la correcta.

—¿Te das cuenta de que no soy realmente tu esposa? —le preguntó ella unos días después, cuando compartían otro de sus desayunos silenciosos.

Él dejó la tostada en el plato y siguió masticando hasta que ya era imposible que todavía tuviera algo en la boca.

Ella dejó de esperar una respuesta.

—Sí, pero lo cierto es que… En realidad, sí lo eres. Eres Selena, tal vez no exactamente con la que me casé, pero eres ella, podrías serlo… si quisieras…

—Pero no quiero, y no puedes pedirme eso, no puedes pedirme que cambie para ser otra persona.

—No serías otra persona. —Él se sonrojó levemente y suspiró—. Es cierto, no puedo pedirte que cambies por mí, pero ¿qué tan diferente puedes ser? Tal vez si le damos un poco de tiempo, si nos conocemos más…

—No, esto no es lo que yo quería, jamás quise un marido —hizo un gesto alrededor y se rio con un sonido extraño—, mucho menos hijos. Ni siquiera me imagino cómo podría ser tenerlos.

—Ellos vendrán la semana que viene.

—¿Qué? ¡No puedes hacer eso!

—Esta es su casa y tú eres…

—No, yo no soy su madre. —Se levantó de la mesa y se acercó a

la ventana a la vez que se agarraba de los codos—. No lo soy —murmuró.

—Lo sé —dijo él y se frotó los ojos. Apartó el plato con tostadas —. Pero ellos son niños y este es su hogar, no puedo pedirles que sigan en el de mi hermana. Ellos saben lo que pasó, es hora de que vuelvan. Te daremos tiempo, no te preocupes.

Ella apretó los dientes.

¿Qué podía decir? No podía contestar nada a eso. Era cierto que esa era la casa de él y los niños, era ella quien debía irse, pero ¿a dónde? En ese mundo, no tenía un lugar propio; en ese mundo, no tenía empleo; en ese mundo, dependía de aquel hombre que no parecía querer dejarla ir, por más que no fuera suya.

Los días pasaban con lentitud, no hacía nada más que estar en la casa. Se había cansado de revisar en la computadora, no había nada nuevo, nadie sabía nada, ninguna revelación. ¿Qué más podía hacer que limpiar y ordenar alrededor? Tenía que hacer algo mientras estaba allí, no estaba acostumbrada a estar ociosa. Él parecía tomarlo como un buen signo, eso le molestaba a Selena, no iba a ser su esposa, no quería convertirse en ella. Por suerte, aunque compartían cama, él nunca la había tocado ni había amagado a hacerlo. Tampoco Selena se había preguntado por qué había aceptado compartir el lecho con un extraño. Pero al menos así no se sentía sola, algo que no admitiría en voz alta.

Una tarde, mientras limpiaba la casa con el televisor encendido de fondo, escuchó una noticia que le llamó la atención. Era un anuncio urgente sobre los universos paralelos, con una música que indicaba que era importante. Ella se sentó en el sofá y miró la pantalla hasta que terminaron los comerciales, hasta que acabaron todas las noticias insustanciales y, al fin, hablaron de lo que ella quería escuchar.

Noticia de último momento, el Instituto de Física Mundial –que se estableció hace pocos años para analizar el problema de los traslados– tiene un anuncio. Un anuncio de suma importancia.

Ella se aferró al almohadón que sostenía entre las manos, tenía la mirada fija, la boca levemente abierta.

Es posible ver los universos paralelos —la periodista se ajustó el auricular—*, sí, nos confirman que no se trata de otro mundo, sino de varios, como indicaba la teoría, y que no necesariamente las personas se trasladan desde uno y hacia el mismo.*

La periodista miró hacia ambos lados, como si estuviera desconcertada, como si alguien a su alrededor acabara de desaparecer o aparecer.

—Varios —murmuró ella—, ¿entonces cómo saber de cuál vengo? ¿Cómo volver al correcto?

En pantalla, apareció un científico del instituto.

En efecto, hemos comprobado la teoría al pie de la letra. Existen infinitos universos paralelos, uno por cada decisión tomada en la Tierra por cada uno de sus habitantes. Todos ellos están conectados, pero son invisibles unos a otros ya que todos están en el mismo espacio. Sin embargo, parece que se abrió un camino entre ellos, esa vía está impulsando a la gente de un lado a otro. Los traslada entre universos, pero no es posible saber desde cuál ni hacia dónde. A veces, puede ser a uno con una variación mínima y otras a mundos que son casi irreconocibles para la persona trasladada. Hemos podido ver algunos de ellos, sí. Lamentablemente, todavía no podemos elegir cuál es el que queremos visualizar, pero confiamos en que pronto podamos no solo verlos sino también viajar a ellos.

—Entonces todavía no se puede ir. ¡¿Por qué no?!

Arrojó el almohadón contra la pared.

Cuando su marido llegó, la encontró encerrada en la habitación y con la casa a medio ordenar. Suspiró. Los niños llegarían al día siguiente.

Él (IV)

EL BEBÉ HABÍA NACIDO BIEN y era muy sano, ya se lo oía reír mientras jugaba con su madre. Dante se sentó en el sofá y, durante unos momentos, no hizo nada más que disfrutar de esos ruidos. Hacía pocos días que habían hablado sobre si ella debía retornar al trabajo o esperar a que su hijo fuera más grande. Por él estaba bien que se quedara en casa, no había problemas económicos; además, si se quedaba allí tal vez… En lo único en que Dante insistía era en que siempre hicieran las compras juntos.

Después de unos minutos, prendió el televisor. Había sido un día largo en el trabajo y necesitaba distraer la mente. Al pasear por los canales en busca de algún programa trivial, llegó a las noticias. No tenía planeado verlas, pero el titular le llamó la atención.

Estaba hablando alguien del Instituto Consolidado de Física, habían hecho un descubrimiento de suma importancia sobre los universos paralelos. Él subió el volumen y se inclinó hacia delante, ya no oía los gorjeos de su hijo.

Sí, la existencia de otros universos estaba comprobada, también sabíamos desde hacía tiempo que no todos los trasladados procedían del mismo…

—¿Lo sabíamos? —murmuró él sin quitar los ojos de la pantalla.

…pero lo que sabemos ahora es cómo acceder a ellos… —se detuvo un segundo—*, no, perdón, tengo que corregirme. No podemos acceder a ellos en el sentido en el que no podemos trasladarnos a ellos* —se aclaró la garganta—*, en forma voluntaria, todavía no descubrimos cómo… Pero me estoy desviando.* —Levantó la vista y miró alrededor, como si estuviera un poco sorprendido de la gente que tenía cerca—. *Lo que queríamos anunciar es que descubrimos una forma de poder ver estas otras realidades. Todavía es un poco difícil escoger alguna en específico, ya que no conocemos los parámetros; sin embargo, hemos podido diferenciar al*

menos veinte de ellas. Se puede ver a las personas del otro lado, aunque ellas no se enteran de que las estamos observando.

Hizo una pausa mientras escuchaba la avalancha de preguntas que le hacían. Era complicado diferenciar una de otra. A Dante las preguntas también se le amontonaban en la garganta. ¿Cuál de todas hacer primero?

Ah, sí, sí, suponíamos que esa sería la primera de las preguntas —sonrió el científico, orgulloso—*, es una de las razones por las cuales nos demoramos en hacer el anuncio…* —alguien lo empujó desde atrás y él se enderezó la camisa—*, como decía, era una de las preguntas que nos esperábamos. Sí, esto se abrirá al público en breve para que puedan ver a sus familiares y amigos que han sido trasladados. Esperamos que esto traiga algún consuelo para aquellas personas. Si entran en el sitio web, encontrarán un formulario…*

Dante apagó la televisión.

Los ruidos de su hijo y las risas de su mujer retornaron, pero él ya no los escuchaba. Seguía mirando la pantalla, que ahora estaba gris. Seguía oyendo la voz del científico, que continuaría hablando para todos aquellos que todavía tenían encendido el televisor.

—¿Se los puede ver?

Su mujer llegó poco después con el bebé en brazos. Olía a jabón y a talco y estaba muy cómodo junto al pecho de su madre.

—¿Estás bien?

—¿Eh? ¿Qué? —Se frotó el rostro con las manos—. Lo siento, fue un día largo en el trabajo.

Ella sonrió con dulzura.

—La cena estará lista pronto, ¿por qué no tomas un baño? Tal vez te relaje un poco —arrulló al niño—, como lo hizo con él.

Dante se puso de pie y se acercó a su hijo, quien lo observaba con el entrecejo fruncido. Le acarició la mejilla con suavidad, no quería ensuciarlo.

—Sí, es una buena idea, tomaré un baño caliente.

Ella se inclinó hacia él con la mejilla hacia fuera, pero Dante pasó a su lado sin darle un beso. Ella frunció el ceño; sin embargo, el gorjeo de su hijo la distrajo y se alejó hacia la cocina cantando mientras su marido iba a bañarse.

Dante estuvo en la ducha largos minutos, con el agua cayendo sobre su espalda sin enjabonarse. ¿Por qué no podía sacarse esa noticia de la cabeza? Había decidido que no iba a pensar más en los traslados, que no quería saber nada sobre ellos, eso era el pasado y él ahora tenía otra vida. ¿Por qué entonces no podía dejar de preguntarse si debía completar el formulario que estaba en el sitio web del centro de física?

—¿Dante? —llamó su mujer—, la cena ya está.

Su mujer, ella y su hijo, su familia, la que estaba allí.

Dante sacudió la cabeza y cerró el agua.

—Ya voy.

Tenía que sacarse de la cabeza esas ideas tontas, él tenía una sola familia y lo estaba esperando para cenar en ese preciso momento. Fue con ellos.

Ella (V)

LOS NIÑOS ESTABAN JUGANDO en el jardín. Eran dos, de diez y doce años, un niño y una niña, se parecían a ella. Selena los observaba desde la ventana.

«Para controlarlos», se dijo, para mantenerlos seguros, porque era su deber, pero cada tanto descubría que sus labios temblaban en una sonrisa. No podía evitarlo, ¿cómo mantenerse seria con aquellas risas, con aquellos abrazos, con aquellos besos, con aquellos cuerpos cálidos que buscaban el suyo en busca de un cariño que no había conocido nunca en su vida…?

—No —susurró y se alejó de la ventana un poco, aunque no lo suficiente para perderlos de vista. No podía pensar de esa manera, ¿por qué lo hacía? Esa no era ella, esa no era su familia, era la familia de la otra Selena. ¿Cómo se había acostumbrado a aquella vida?

Pero no, no estaba acostumbrada, estaba esperando su oportunidad. Miró el televisor, que estaba apagado entonces, y la oportunidad ya estaba allí. Se había descubierto la forma de ver aquellos otros mundos, uno de los cuales era el suyo, si lo encontraba…

—Si lo encontrara, ¿qué? Todavía no se puede viajar a ellos, nadie sabe cómo acceder… —Suspiró, pero una voz en su mente le decía que lo harían, que con tiempo lo lograrían.

La pregunta era: ¿cuánto tiempo? Y cuánto tiempo ella esperaría, qué haría mientras lo hacía. Era tan difícil de saber. Podría irse, nadie la obligaba a quedarse en esa casa; podía buscarse un trabajo y otro lugar donde vivir. Había una ayuda del gobierno para los trasladados que no tenían familia, y ella no tenía familia. Según su marido, sus padres tampoco estaban vivos en ese mundo ni tenía hermanos allí tampoco. ¿Qué harían su marido e hijos si lo hacía?

—Superarlo, como lo hice yo.

Pero aun así, no se alejaba de la ventana. No lo hizo hasta que llegó su marido y se puso a jugar con los niños. Ella fue a la cocina. La cena estaba casi lista, solo faltaba ponerla en el horno unos minutos más para calentarla. Lo haría tan pronto como él entrara con los niños, mientras él se bañaba y los niños peleaban por la televisión.

—Basta —musitó—, tengo que irme de aquí, tengo que dejar de pensar en esta familia como algo normal para mí.

Porque se estaba acostumbrando, aunque ella en realidad no quería esa vida, no quería ser la mujer de, la madre de… Por eso había estudiado, por eso era una profesional, por eso vivía sola con su gata. Ya casi ni la recordaba y eso la entristeció, probablemente la gata tampoco se acordara de ella.

Cuando ya habían terminado de comer y estaba en la cama con su marido, él con un libro y ella con la mirada perdida en la pared, sintió que su boca se movía por voluntad propia.

—¿Viste las noticias?

—Mmm.

—Sobre los universos paralelos.

Sintió que él se tensionaba, pero no se volvía a mirarla. Seguía con la vista fija en el libro que Selena estaba segura que ya no leía.

—Hace unos días, sobre la ventana que encontraron.

—No, no sigo mucho las noticias.

«Mentira», pensó ella.

Estaba segura de que sí lo hacía, estaría al tanto de todo. ¿No esperaba el improbable regreso de *su* Selena acaso?

¿Y qué eran esos celos? Tenía que irse de allí cuanto antes, estaba cambiando y no quería hacerlo, no de esa manera.

—Estaba pensando… —dijo ella y dejó la frase en el aire.

—Solo se pueden ver, no se puede acceder a ellos y ni siquiera se puede estar seguro de que sea tu mundo.

—Entonces sí oíste las noticias.

Él cerró el libro y lo dejó sobre la mesa de luz. Su rostro mostraba que estaba perdiendo la paciencia habitual, pero se relajó de inmediato. Miró hacia la puerta; sin embargo, ella sabía que en realidad miraba a través de ella, hacia el dormitorio de sus hijos. Ese hombre estaba dispuesto a cualquier sacrificio por ellos, a seguir adelante con esa charada de matrimonio solo para que esos niños tuvieran una madre.

—¿Acaso no eres feliz aquí?

Ella vaciló.

—No —murmuró—, lo siento, pero esto…, esto nunca fue lo que quise, no es la vida que elegí en mi mundo.

—Tal vez no tuviste la oportunidad, pero ¿es tan malo? ¿Tan malos somos nosotros?

—No, no, claro que no, los niños son fantásticos —«Aunque no puede estar bien que diga algo así de niños míos que no son míos», pensó—, y tú… has sido muy paciente y generoso. Pero…

—Pero no es suficiente.

Ella dio vuelta la cara.

—Es que no fue lo que yo elegí.

—Hazlo ahora.

—¿Qué cosa? Esta es la elección de ella, la de alguien más. Siempre me juré que mi vida no sería la elección de alguien más.

Él tomó sus manos entre las suyas.

—Entonces ahora elige tú, elige quedarte con nosotros.

Ella apretó los labios.

Él (V)

DESPUÉS DE QUE HUBIERON TERMINADO de cenar y acostado al niño. Después de que hubieron hecho el amor con lentitud y dulzura, cuando ella ya estaba dormida, el pensamiento todavía rondaba por la mente de Dante. Se levantó un par de veces para ir al baño y miró de reojo la ducha, pero el cerebro no se lava con un simple baño. Consideró también, en mitad de la madrugada, entrar en la página web solo para ver, para saber un poco más. Tal vez así lograría quitarse esa idea de la cabeza. Pero no lo hizo.

«No, mejor en el trabajo, donde ella no lo vea».

Y esa decisión, si bien le trajo algo de tranquilidad, también le creó más culpa, porque si empezaba a ocultarle cosas a su esposa, ¿dónde quedaba su matrimonio? Se dio cuenta de que nunca le había dicho que había tenido otra familia, otra mujer, otro hijo, y que los había perdido. El tema no había salido a colación. Nunca hablaban sobre los traslados, era algo ya tan habitual en la sociedad que para la gente apenas era un tema digno de mencionar. ¿Para qué hacerlo entonces? Pero sabía que, en algún momento, tendría que decir algo, antes de que a algún amigo o familiar se le escapara un comentario.

Y ahora esto. ¿Cómo podía decirle que quería ver los otros mundos con la esperanza de encontrar a su familia? Aquella de la que nunca le había hablado.

Llegó la mañana y él seguía despierto, ella dormía tranquilamente a su lado. Dante se levantó sin hacer ruido y volvió a ducharse, necesitaba despejarse. Cuando salió del baño, ella ya no estaba en la habitación. Seguramente, habría ido a hacerle el desayuno y a ver cómo estaba el bebé. Él suspiró y se vistió con desgana, tendría que poner buena cara cuando no podía hacer nada más que pensar en eso que estaba olvidado, que estaba enterrado, que era parte de un pasado al cual ya no tendría que prestar atención.

¿Por qué habían hecho eso los científicos? En su afán de conocimiento, habían arruinado todo el plan de la sociedad de olvidar y seguir adelante. Ahora estaba aquí la posibilidad de saber, de descubrir si ellos estaban bien. Se lo había preguntado tanto tiempo…

Volvió a suspirar y fue a la cocina, donde su mujer lo recibió con una sonrisa. Dante sonrió a su vez y aceptó la taza de café. Los minutos del desayuno fueron eternos, hasta que por fin llegó al trabajo.

La oficina le trajo la bendición de otras preocupaciones. No fue capaz de pensar en sí mismo hasta el mediodía, cuando hacía la fila para comprar el almuerzo.

—¿Oíste las noticias, Dante? —Era un compañero del piso de abajo, de administración.

—Eh, sí —dijo él antes de que se le ocurriera otra cosa.

—¿Te anotaste?

—Mmm, no lo sé. —Se ocupó de parecer concentrado en el menú que tenía enfrente como si no hiciera más de diez años que comía en el mismo lugar.

—Claro —siguió su compañero sin preocuparse mucho por los sentimientos de él—, ahora tienes otra familia. Pero ¿no quieres saber cómo están? Por más que no puedas hablar con ellos, ¿no te gustaría saber? Creo que a mí me gustaría. No tengo ningún familiar que…

«Maldito».

—… pero sí unos amigos que a lo mejor, no sé —sonrió—, creo que me voy a anotar en la página, solo por curiosidad. ¿No te parece? Voy a seguir intentando esta tarde, esta mañana estaba caída.

Dante pestañeó.

—No lo sé.

El compañero le palmeó la espalda.

—Piénsalo, de cualquier manera, si logro inscribirme, te cuento.

En seguida, llegaron más personas conocidas a la cola y la conversación se desvió. Pero pensamiento seguía dando vueltas por la mente de Dante. ¿Qué era lo que tenía que hacer? ¿Negarlo otra vez, como había hecho en los últimos años, o intentar verlos? Ya lo suponía olvidado, entonces ¿por qué regresaba con tanta fuerza? Y justo ahora, cuando ya tenía otra familia, cuando ya había recuperado su vida.

Después del almuerzo, estaba inquieto, las preocupaciones del trabajo ya no lo absorbían tanto como durante la mañana y no podía dejar de pensar que, en el piso de abajo, en ese mismo momento, alguien estaba intentando entrar a la página que él quería ver, que solo tenía que bajar unos escalones, que nadie se sorprendería de que estuviera allí, que incluso lo habían invitado. Pero después ¿qué? ¿Se anotaría? ¿Y si lo llamaban? ¿Qué le diría a su esposa? ¿Qué haría si

encontraba a su mujer anterior? ¿Cuántos años tendría su hijo ahora, ocho? ¿Lo reconocería?

No había terminado de hacerse todas esas preguntas cuando ya estaba frente a su compañero de trabajo y este le sonreía.

—Llegaste justo, acabo de entrar y estoy ingresando mis datos, aunque no creo que me llamen pronto, los familiares cercanos tienen prioridad. ¿Quieres anotarte tú también? Aprovecha, la página se cae a cada rato.

Dante miró alrededor.

—Aquí no te dirán nada, ¿qué pueden decirte? Los trasladados son un problema mundial y sería imposible sancionarte por eso.

Dante se acercó a la computadora y, por más que su mente dijera que todavía no había tomado una decisión, sus dedos ya estaban sobre el teclado.

Ella (VI)

CUANDO SE CRUZÓ CON AQUEL HOMBRE, estuvo segura de haberlo visto antes. Lo miró de arriba abajo, la ropa no era mala, aunque tampoco de excelente calidad. Por lo cuidado de su atuendo, parecía que llevaba una vida aceptable. Lo que le llamó la atención era que estaba allí sentado, en mitad de la calle, mirándose las manos como si fueran algo extraño, ajeno. ¿Qué le había pasado? ¿Acaso alguien había desaparecido en ese momento?

Selena miró alrededor, la calle estaba vacía. Era bastante tarde, los horarios se extendían en su trabajo y ella no podía negarse, al menos no hasta que ahorrara lo suficiente para mudarse a un lugar mejor. Hacía un mes que se había alejado de su marido. Los llantos de los niños todavía estaban frescos en sus oídos; sin embargo, ella tuvo que irse en ese momento, si no, nunca más hubiera logrado alejarse de allí.

Hacía unas semanas que se había anotado en la página web del instituto de físicos, a la espera de la posibilidad de ver su propio mundo. Pero ¿para qué? No había nadie a quien esperara ver, solo a su gata, si es que todavía andaba por allí. Tal vez por eso todavía no la habían llamado, ver a su mascota seguramente no sería prioridad en la lista de nadie.

Vio al hombre tan apenado que sintió el impulso de acercarse. Algo en su expresión le parecía similar, tal vez como el rostro de su marido cuando ella eligió irse, dejarlo a él y a los niños.

Selena sacudió la cabeza. Tenía que dejar de pensar en ellos, ¿desde cuándo no podía ser feliz por sí misma? Era el traslado, eso había trastocado su vida en muchos sentidos, ya se amoldaría cuando estuviera sola otra vez.

Se acercó a aquel hombre más que nada para alejarse de sus propias preocupaciones. Se sentó al lado, sin tocarlo.

—¿Está bien?

Él se volvió hacia ella con la mirada perdida.

—Sí.

—¿Está seguro? ¿Quiere que llame a alguien?

—No, no, es que… no sé qué hacer.

Selena vaciló, estuvo a punto de levantarse, pero se decidió a hacer otra pregunta.

—¿Perdió a alguien?

Él la miró, confundido primero, y después asintió con fuerza.

—Sí —suspiró—, hace años. Y ahora, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Para qué me dan esta noticia?

Ella volvió a vacilar. Suponía que se refería a la noticia de la ventana a los otros mundos, pero no podía estar segura.

—¿No quiere saber si están bien? —preguntó tanteando.

—Claro, supongo, no lo sé. Me dijeron que tenía que superarlo, ¿sabe? Todos dijeron que había que superarlo, dejar el pasado atrás, seguir adelante.

Ella asentía, conocía esas palabras, le parecían bien, eran casi lo que estaba en la punta de su lengua.

—Y lo hice —prosiguió él—. Ahora tengo otra familia, ¿qué logro con ver a la anterior?

—Solo eso: ver, no tiene que hacer nada más. Podrá comprobar si están bien y quedarse más tranquilo. Tal vez ellos también rehicieron su vida.

Él frunció el ceño. No había pensado en esa posibilidad, pero claro que era una opción, por supuesto que podía ser así. Seguramente su mujer querría que su hijo tuviera un padre y si había otro como él allí… Y estaba bien, había seguido adelante, como había hecho él, entonces, ¿para qué conocerlo? ¿Para qué saber ahora lo que ya había pasado?

—No lo sé —dijo al fin.

Ella se levantó.

—Bueno, no importa qué decida siempre y cuando sea usted el que lo haga. Le están dando una opción, eso es bueno, pero no está obligado a tomarla. Haga lo que le parezca mejor y no lo que la sociedad espera que haga. Si es feliz con la nueva familia, deje el pasado atrás, es su elección, ¿no?

—Claro —replicó él e intentó sonreír.

Ella sonrió a su vez y se alejó de allí. Como si hubiera solucionado un problema, como si solo con esas palabras la vida de aquel hombre estuviera resuelta. Pero sí lo estaba, ¿o no? Él había querido una familia antes y, cuando la perdió, formó otra, era lo mismo que estaba haciendo ella, siempre había querido estar sola antes y ahora estaba haciendo lo mismo.

Lo otro era una decisión que había tomado otra Selena, una extraña con su mismo nombre, nada más. No estaba forzada a seguir su camino, solo el suyo, y ya lo había elegido hacía muchos años. Tal vez debería buscarse una gata, no sería como la suya, pero esa seguramente la había olvidado, no necesitaba ver el otro mundo para dar por cierto aquello.

Él (VI)

HACÍA SOLO UN DÍA que volvía a sentirse bien. Después de todas las noches sin dormir por haber cargado sus datos en la página del instituto, por fin podía caminar con calma por las calles crepusculares. El día anterior, había retirado su solicitud de la web. Sí, no necesitaba saber lo que había pasado, ¿para qué? Ya tenía su familia, que era todo lo que necesitaba, el resto estaba olvidado. Los traslados habían terminado para él, no oiría más noticias al respecto.

Sin embargo, los traslados no habían terminado con Dante porque, en ese preciso momento, un hombre apareció frente a él. Estaba consciente cuando brotó en pleno aire, pero se desmayó de inmediato. Dante y otras personas corrieron hacia él cuando salieron de su estupor, pero él era el que estaba más cerca. El hombre parecía mediar la treintena, iba bien vestido y sin daño visible. Llamaron al número de emergencia para traslados y la ayuda llegó a los veinte minutos.

Dante los acompañó al hospital, tenía que dar declaración de lo que había visto. Aunque no pudiera describir nada, era obligatorio para todos lo que presenciaban un traslado. Esa era la segunda vez que le pasaba a él. La vez anterior, lo habían ido a buscar a su casa. No quería que fueran allí ahora, no quería que surgiera el tema frente a su mujer, no quería hablar con ella sobre los traslados, porque tendría que comentarle también sobre el traslado de su familia anterior.

Después de dar su declaración, pasó por la habitación del trasladado. No todos tenían atención médica inmediata, muchas familias tardaban días en avisar, algunas ni siquiera lo hacían.

El hombre seguía inconsciente y Dante no podía dejar de mirarlo y preguntarse si tendría una familia en el otro mundo, si también la tendría aquí. Tal vez debería buscarla.

«No, ¿en qué estoy pensando? Aquí se ocuparán de eso, ellos son profesionales y yo debería irme, es muy tarde y ella se estará preguntando por qué no llego a casa».

Se fue antes de que se le ocurriera otra idea. Se suponía que lo de los traslados había terminado para él. Ni siquiera le había dicho a su compañero de trabajo que había retirado la solicitud, ya se le ocurriría algo. Tal vez le mintiera y le dijera que no había salido seleccionado o que sí y que los había visto y estaban bien. Tenía que decidir con cuál de las dos opciones le harían menos preguntas.

Llegó a su casa dos horas después de lo habitual. Por suerte, había tenido el tino de llamar antes para decir que llegaría tarde por un problema en el trabajo. No era normal pero tampoco la primera vez que sucedía. Ella le esperaba despierta, con la cena lisa para el minuto en el que él pusiera un pie dentro de la casa. El bebé ya dormía.

Apenas entró, Dante se acercó a ella a grandes zancadas, la cubrió con sus brazos y le dio un beso como los que compartían cuando estaban de novios.

Ella sonrió.

—¿Qué fue eso?

—Sé que estuve distraído estos últimos días, quería agradecerte la paciencia.

Ella volvió a besarlo.

—Pues disculpas aceptadas, aunque no eran necesarias. —Se alejó de él en dirección a la cocina—. Sé que estabas preocupado, son rachas, cada tanto te pasa. ¿Pensaste en otro trabajo, en cambiar de tareas?

—No, no, está bien así, solo tengo que aprender a… alejarme de todo ello, dejarlo atrás —se aclaró la garganta—, me refiero a dejar las preocupaciones en la oficina.

Ella sonreía cuando le puso el plato en frente y luego se sentó a su lado. Le masajeó el brazo.

—No te preocupes, está todo bien.

—Sí, sí —dijo él—, ahora está todo bien.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando se despertó, no podía dejar de pensar en aquel hombre.

«¿Habrán encontrado a su familia?».

El pensamiento lo obsesionó tanto que, al mediodía, en vez de almorzar, fue al hospital. Aquel hombre aún estaba allí. Se encontraba bien de salud, pero no tenía familia, su otro yo había vivido menos años en ese mundo y solo le quedaban parientes lejanos que no podían venir a la ciudad.

—Lo siento —dijo Dante y se sentó a su lado, todavía sin saber muy bien qué hacía allí.

—Yo tengo una mujer, ¿sabe? Y dos hijos, mellizos, a punto de cumplir tres años, ¿qué voy a hacer aquí sin ellos? ¿Qué harán ellos sin mí? —se cubrió el rostro con ambas manos—, ¡¿qué harán ellos sin mí?!

—Tal vez, tal vez… pueda verlos. —Cuando lo dijo en voz alta, le pareció tan patético que se arrepintió de inmediato, pero el otro hombre no reaccionó, estaba ensimismado en sus pensamientos.

—¿Qué harán sin mí? ¿Qué haré yo aquí?

—¿No le encontraron un lugar?

El hombre pestañeó y alzó la vista hacia Dante.

—Sí, pero ¿qué voy a hacer solo? Estoy solo en este mundo, sin mujer, sin hijos, sin padres, sin mi hermano. —Negó con la cabeza.

«He sido un egoísta —pensó Dante—. Esta es la clase de persona que necesita la ventana, la que necesita ayuda».

—No se preocupe —dijo—, encontraremos algo.

Y comenzó a pensar en todas sus compañeras solteras.

Ella (VII)

Por fin, se había cumplido lo que tanto había esperado. Ya llevaba seis meses sola cuando recibió la llamada, aquella que le decía que tenía turno al día siguiente para ver su mundo durante media hora. Ese era todo el tiempo que le daban, ya que ella en realidad no tenía una familia del otro lado, ni amigos, solo estaba su casa, supuestamente vacía o tal vez…

—Tal vez alguien se mudó allí —susurró al levantar la vista de la pantalla de su celular—, alguien se habrá quedado con mi casa y la habrá cambiado, entonces ya no será mía.

Sintió una leve decepción y algo de furia. ¿Quiénes eran esas personas para quedarse con su vida? La que había tardado tanto en construir, la que había armado meticulosamente. Ellos allá quitándole su vida, su familia aquí tratando de darle otra.

Hizo a un lado el celular. Tenía muchas llamadas perdidas de su supuesto marido, quien no dejaba de esperar que ella cambiara de opinión, según algunos mensajes que había dejado. Un par de veces incluso se oían las voces de los niños detrás.

No, no podía pensar en ello, ni tampoco en los que le habían quitado su casa del otro lado, todo por un caprichoso traslado al azar del universo. Si tan solo supiera por qué, por qué le había pasado a ella, a ella y no a alguien más.

Se pasó las manos por el cabello. No tenía sentido pensar así, no había solución a esa pregunta, los científicos todavía no sabían por qué sucedían los traslados entre realidades. Esa no era la pregunta que la torturaba, sino cómo haría para regresar al suyo. Sabía que se podía ir allá, los traslados parecían suceder en cualquier dirección. Entonces, ¿por qué no podría ella regresar al suyo? Solo tenía media hora para averiguarlo, al día siguiente, cuando viera la ventana a su pasada vida.

Aunque durmió muy poco esa noche, al otro día estaba completamente despabilada. El turno era al mediodía, pero llegó al centro por la mañana. Fue una suerte, ya que había una fila que se enroscaba durante cuadras, no importaba que tuviera número, cita, horario, igual tenía que hacer la cola y todos los trámites anteriores a la entrevista. Siguió todos los pasos con paciencia, le daban tiempo para pensar, para planear lo que haría allí. Intentó escuchar las conversaciones a su alrededor, pero todos parecían ir por primera vez, así que nadie sabía qué esperar. Tampoco le querían dar información, solo le decían, con una sonrisa tirante, que esperara su turno, que ya vería, que cada experiencia era diferente para cada persona.

Finalmente, llegó la hora. Después de que la hicieran bañarse y cambiarse de ropa, entró a un lugar esterilizado vestida con una bata que le habían proporcionado. Eso la descolocó, esperaba tener su cartera con ella, algunas herramientas que había estado recolectando para ese día, todas de plástico para que pasaran por los sensores, todas pequeñas para que cupieran en su bolso.

Inspiró, no había nada que hacer. Si se quejaba, si se resistía, no podría entrar. Tan sencillo como eso. La sala no tenía muebles, solo muros lisos y un gran teclado de letras y números que ella no entendía.

La esperaba un técnico con una bata como la de ella.

—Tendrá media hora, la dejaremos sola, pero estaremos escuchando desde la otra sala. —Le hizo una seña hacia una de las paredes—. Verá su mundo allí, lo que haya en este momento. Las posibilidades de que sean su mundo exacto son de un noventa por ciento.

—¿Noventa?

—Sí, es todo lo que nos podemos acercar por ahora, las variantes son excesivas y a veces minúsculas.

Una variación mínima…, ¿qué era? ¿Estar casada o no? ¿Estar viva o no? No lo sabía. En el gran espectro del universo, ella misma ya era una minucia.

—Está bien —dijo, porque no había nada más que decir y el técnico asintió.

—Comenzará apenas la deje sola.

Selena asintió a su vez y el hombre se retiró a la otra sala. Al mismo tiempo, la pared se transparentó por completo y, después de unos segundos, apareció una imagen. Era la parte delantera de su casa, estaba en calma, como si no fuera más que una foto. Pensó que tal vez lo fuera. Por un momento, no le importó, eran los colores correctos. Entonces vio un movimiento, ¡era su gata! Se acercó a la pared y apoyó la mano.

—¡Sin tocar! —dijo una voz en los altavoces.

Ella retrocedió medio paso. Era su gata, todavía no la había olvidado, todavía la esperaba. Intentó acercarse un poco más.

—Mantenga las distancias.

Selena apretó los labios. Si iba a hacer algo, tendría que hacerlo rápido, pero ¿qué? Tal vez no la dejaban tocar porque justamente… Se lanzó hacia la pared y sintió un calambre en todo el cuerpo. Lo último que vio antes de desmayarse fue a sí misma abriendo la puerta y recogiendo la gata. Ajena, como si no viera a nadie más por allí.

Él (VII)

REGRESÓ UN PAR DE VECES más al hospital a visitar a aquel hombre, incluso le presentó a algunas de sus compañeras de trabajo, pero él no quería olvidar a su familia anterior, solo deseaba hablar del pasado. En cambio, Dante solo quería dejarlo atrás. Así que también se olvidó de él y se preocupó por llegar cada día temprano a su casa para ver a su mujer y a su hijo, que cada vez estaba más grande y reía más. A veces…, a veces le parecía ver en él la sonrisa de su hijo anterior. Pero no, no podía pensar eso, no era lo mismo, este era su presente, esta era su familia, no había nada más en qué pensar.

A su compañero en el trabajo le contestó con evasivas con respecto a su supuesta visita a ver el otro mundo. Nunca se enteraría de que había cancelado su postulación, no hacía falta que lo supiera. Era una suerte que se tratara de un tema sensible que todo el mundo gustaba respetar, más que nada porque a nadie se le ocurría nada bueno que decir. Además, después de tantos años, la gente comenzaba a estar cansada de oír historias de desapariciones o apariciones.

Dante encontró que cada vez era más fácil dejar todo atrás, solo tenía que concentrarse en seguir adelante. Ese día, llegó a su casa más temprano que de costumbre, en la oficina habían dado unas horas libres. Su mujer estaba sentada frente al televisor, el bebé dormía su siesta.

Ella lo recibió con la sonrisa de siempre y luego se volvió hacia la pantalla.

—¿Te enteraste?

—¿De qué?

—Ahora hay ventanas a los otros mundos.

—Ah, sí —dijo él con desgana intentando que no se le notara que en algún momento le había interesado esa noticia—, algo oí, sobre que se podía ver.

—Sí, sí, ver y también enviar mensajes. Dicen que hoy lograron enviar un mensaje, que estaban seguros de que en el otro lado lo habían recibido porque habían reaccionado, pero todavía no sabían cómo contestar. Dicen que ahora están trabajando en enviarles a ellos la forma de comunicarse así puede haber un diálogo. —Ella sonreía feliz, entusiasmada—. ¿Te imaginas? Pronto se podrá hablar con las personas de los otros universos y después…, después tal vez también se pueda ir a ellos. ¿No sería eso increíble? —Su voz se volvió apenada—. Todas esas personas que perdieron a alguien…

Dante se había quedado inmóvil frente al televisor. Había dejado de oír la voz de su mujer hacía largos minutos. No podía quitar su vista de la pantalla y del hombre que hablaba allí. Era el mismo físico que la otra vez había anunciado la ventana, ahora se lo veía más entusiasmado. Decía que las visitas se interrumpirían durante unas semanas mientras terminaban de establecer la comunicación, que sabía que las personas tendrían paciencia al saber que lo que iban a obtener sería mucho mejor: poder hablar con sus familias y amigos perdidos.

—¿Estás bien?

Dante miró alrededor, a su mujer que agarraba su brazo con ambas manos y lo observaba con preocupación.

—Sí, sí, es solo que… es una noticia… inesperada.

—Sí, lo es, pero seguro que mucha gente lo estaba ansiando. Lo cambia todo. —Se oyó un ruido desde la cocina—. Ay, tengo que ir a atender eso —corrió hacia allí y gritó después de unos segundos—, ¿qué haces aquí tan temprano?

—¿Eh? —Dante todavía miraba la pantalla—. Nos dieron unas horas libres, por todo el tiempo extra de las últimas semanas.

—¡Ya era hora! Ojalá lo hubiera sabido antes, te hubiera preparado algo especial.

—Descuida, yo tampoco lo sabía. Solo quiero relajarme un rato.

—Claro —ella ya estaba de regreso—, ¿qué tal si aprovechamos que el bebé está durmiendo y nos damos un largo baño los dos, eh? Como en los viejos tiempos.

Él puso todo su esfuerzo en sonreír mientras subía con ella a la habitación. Eso lo cambiaba todo, sí, era cierto, lo cambiaba todo. ¿Por qué no lo dejaban olvidar? ¿Cuál era esa fijación de la gente con el pasado, con lo que ya había quedado atrás, por qué no podía sencillamente aceptar? ¿Qué pasaría si desde el otro mundo su mujer quisiera contactar con él?, ¿lo buscarían? ¿Y si lo buscaban en la casa cuando él estaba en la oficina y se encontraban a su mujer actual?

Cerró los ojos con fuerzas y casi no notó cuando llegaron al baño y ella comenzó a desvestirlo.

«No, no puedo pensar en eso, tengo una bella familia aquí y

ahora, eso es todo lo que importa».

La sonrisa todavía le costaba, pero estiró el brazo para comenzar a desvestirla mientras hacía un esfuerzo por apartar todos los demás pensamientos de su mente. Nunca habían hablado con ella sobre los traslados, ¿por qué tenía que salir esto ahora? ¿Y si él hubiera llegado más tarde? Tal vez todo hubiera seguido como antes, sin que nunca tocaran ese tema, pero ahora todo había cambiado.

Ella (VIII)

SE DESPERTÓ EN EL HOSPITAL, su marido estaba a su lado, roncando en una incómoda silla. Echó un vistazo alrededor, era una sala común, pero bastante agradable. Se miró las manos, que sentía entumecidas. Estaban algo rojas, aunque parecía más una quemazón de verano que otra cosa. Lo que más le dolía era la cabeza, tenía la vista todavía algo desenfocada. ¿Qué había pasado? ¿Había logrado pasar? No podía estar segura, no sabía si lo que había sentido era el contacto con el otro mundo o si los técnicos la habían parado antes, tal vez con algún tipo de pulso inmovilizador.

Intentó moverse en la cama y al punto apareció una enfermera.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó sin ninguna sonrisa en el rostro.

—Bien, ¿cuándo puedo irme?

La mujer entornó los ojos. Selena pudo ver cómo las pequeñas pupilas se le clavaban en el rostro.

—No puede irse —dijo la enfermera y se apresuró a salir el pasillo.

Selena frunció el ceño mientras la seguía con la mirada. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

A los pocos minutos, apareció un médico.

—Buenas tardes, Selena, ¿cómo se siente?

—Bien, solo quiero irme a casa.

El hombre vaciló y miró al que estaba en la silla.

—Si se refiere al hogar que comparte con su marido…

—Yo no tengo marido —replicó Selena y trató de incorporarse en la cama, pero la aguja clavada en el brazo la incomodaba.

El médico apretó los labios. No parecía enojado, sino estar meditando cómo decir lo que quería decir.

—Usted no puede regresar a su mundo anterior, esas eran las

reglas para la visita, usted había aceptado esas reglas.

—Sí, pero… estaba allí, ¿por qué no puedo simplemente…?

—Hubiera muerto.

—¿Cómo puede saber eso? ¡La gente se traslada todo el tiempo!

—No sabemos cómo lo hacen, nadie lo sabe. Si hubiera atravesado ese portal, hubiera muerto.

—¿Cómo está seguro? —Ella encajó la mandíbula.

—Porque ya se probó.

Ella calló.

—Pero yo soy una trasladada.

—Ya se probó eso también. —El hombre se sacó los anteojos y se sentó en la cama, a su lado—. Mire, entiendo lo que siente, en verdad lo hago. Es algo normal, todos querríamos poder volver a la vida que teníamos si era mejor que la que está acá o tan solo si era a la que estábamos acostumbrados. Pero no se puede regresar. Lo siento. Va a tener que aceptar que solo se puede quedar en este mundo.

—Pero ¿por qué no? ¿Por qué no pueden encontrar la forma? Tal vez no ahora, pero a lo mejor más adelante…

El hombre negaba con la cabeza.

—No, no lo harán.

—¿Por qué no? —insistió ella.

—Porque no pueden dejar que la gente se vaya. ¿Se imagina lo que sería? Si las personas simplemente se fueran a aquellos universos donde les gustara más su vida, ¿qué sería de los universos que perdieran mucha gente? ¿Y los que tuvieran dos o tres de cada uno?

—Pero me refiero solo a los trasladados.

—Y si tuviéramos ese conocimiento, ¿por qué lo limitaríamos a unos pocos? ¿No sería eso egoísta?

—Pero…

—Además, ¿estaba segura de que era realmente su mundo? Recuerde que todavía los científicos no están convencidos al cien por cien de que seleccionan bien los mundos o siquiera de que pueden determinar cuál es su universo de procedencia.

El recuerdo de sí misma saliendo de la casa a recoger la gata regresó a su mente. Volvió la cabeza a un lado.

—No es justo —murmuró.

—No, no lo es —él se levantó de la cama—, pero la vida en general no lo es, sea el universo que sea. —Señaló hacia el hombre en la silla, que seguía roncando—. Es un buen hombre, ¿por qué no lo intenta? Una parte de usted lo quiso en este mundo.

Selena suspiró y no contestó.

El médico se acercó a la puerta.

—Lamento decirle que, si no va a casa con su marido, no la dejarán salir del hospital, no sola.

—¿Perdón?

—Es para evitar que intente… alguna otra cosa.

Selena lo vio salir de la habitación. No sabía qué contestarle, ¿qué podía decirle? Tenía que volver a vivir con su marido y sus hijos, los de la otra Selena, porque no iban a dejarla vivir sola. Entonces ya no podía elegir su vida, tenía que aceptar lo que los demás habían elegido para ella.

«No, no puedo aceptarlo. No».

Miró al hombre de la silla con odio y cerró los ojos, como si pudiera invocar al sueño, como si pudiera solo por la fuerza de su voluntad dormirse allí y luego levantarse en su propio mundo. Cuando ya se estaba durmiendo, oyó los ruidos de su marido despertándose, podía sentir su mirada en ella, pero se dejó arrastrar hacia la inconsciencia. Al menos, en el país de los sueños todo sería su elección, ¿no? Allí podría vivir la vida que en ese mundo no le querían dar, que le negaban.

Él (VIII)

SE ESFORZÓ PARA QUE LOS DÍAS SIGUIENTES fueran iguales a los anteriores. Su mujer no volvió a sacar el tema de los traslados, podían fingir que allí nada había pasado. El bebé atraía otra vez toda la atención y Dante estaba feliz con todo aquello. Era más difícil en la oficina, donde todo el mundo hablaba de la última novedad. Dante se aseguró de alejarse de esas personas y también del piso de abajo, donde seguramente su compañero estaría ansioso por volver a anotarse en la lista de espera. Comenzó a comer fuera, solo y luego con otros compañeros del edificio que hasta ahora solo conocía de cruzarse en la puerta de entrada o en el ascensor. Era más fácil con ellos, algunos parecían no conocer su historia y eso lo hacía todo más sencillo.

Ya había pasado un mes y todo había vuelto a tranquilizarse cuando recibió una llamada del hospital, tenía que ir allí de inmediato. Primero pensó en su mujer e hijo, pero cuando llamó a su casa ella le dijo que ambos estaban bien. ¿Sería el hombre a quien había ayudado? No querían decirle, tenía que acercarse allí, tenía que ir ya.

Dante entró al hospital con desconcierto, aquello le traía recuerdos y los recuerdos no eran buenos. Dio su nombre en la recepción y lo hicieron esperar en una sala vacía. Era el único en las sillas de plástico, rodeado de revistas de años anteriores que, sorprendentemente, tenían en tapa los mismos temas que estaban en boga en ese momento. Pero no quiso leer ninguna, lo único que quería era saber qué estaba haciendo allí e irse lo más rápido posible.

—¿Señor? —le preguntó una joven muchacha que, por su apariencia, recién había cruzado la mayoría de edad.

—¿Sí? —Dante se puso de pie.

—Por aquí.

Lo llevó a una oficina al fondo, allí había una mujer esperándolo, se levantó para recibirlo y le hizo señas para que se sentara. Acomodó los papeles en su escritorio antes de comenzar a hablar.

—Esto que voy a decir será un poco difícil de explicar —inspiró — y de escuchar por su parte.

Dante se acomodó en la punta de la silla, como si estuviera dispuesto a salir corriendo en cualquier momento. Esa charla no estaba bien, no le gustaba cómo había empezado.

—Hace unos años —prosiguió la mujer—, usted perdió a su familia, su mujer y su hijo fueron trasladados a otro universo, ¿no?

¿Para qué le pedía que confirmara? Era obvio que conocía su historia. De todas formas, asintió para que la mujer continuara, para que aquello terminara de una vez.

Ella asintió también.

—Bien —suspiró—, usted sabe que no solo las personas son trasladadas desde este universo sino también a la inversa, ¿no?

Dante se puso tenso. ¿Esa mujer le estaba diciendo lo que él creía que le estaba diciendo? ¿Que su familia había regresado? ¿Que los habían trasladado de regreso? Quienquiera que estuviese orquestando los traslados.

—¿Señor?

Era obvio que estaba esperando alguna reacción por parte de él.

—Sí —susurró Dante.

La mujer volvió a asentir y a acomodar los papeles en su escritorio.

—Bien, su hijo…, su hijo acaba de ser trasladado a este universo. No sabemos desde cuál viene, por ahora, pero él está bien y bueno, está solo aquí y usted…

—Yo tengo otra familia.

La mujer se echó hacia atrás y lo miró con los ojos muy abiertos. Como si no estuviera esperando esa respuesta, como si lo que quisiera fuera otra reacción.

—Claro, lo entiendo, usted siguió adelante, nadie lo puede culpar, lo había perdido todo. Pero ahora —miró hacia un costado—, bueno, es un niño y es su hijo.

Dante se quedó esperando. ¿Qué era lo que quería esa mujer? ¿Para qué lo habían llamado? ¿Solo para informarle eso?

«No, no, quieren que yo…».

Comenzó a negar con la cabeza.

—Yo tengo otra familia.

—Lo entiendo, sí, pero este es su hijo.

—Acaba de decir que no es mío.

La mujer vaciló.

—Bueno, no, pero sí, o sea no es el mismo hijo que se fue (al menos eso creemos), pero es el hijo suyo y de su mujer, le hicimos un análisis de ADN. Se ve que se casó con la misma mujer en más de un universo. —Sonrió como si fuera un chiste o algo bueno, Dante no estaba seguro.

—Pero…

—Tiene diez años y necesita un hogar, usted es su padre. —Vaciló un momento más—. Tendremos los papeles listos para mañana. ¿A qué hora puede pasar a buscarlo? Tendrá que saber que será monitoreado durante los siguientes meses.

—Pero yo…

—¿Prefiere que vaya a un asilo? ¿Es eso lo que le va a hacer a su hijo? —La voz de la mujer se había vuelto afilada.

Dante pestañeó y amagó con levantarse; como vio que ella no lo paraba, lo hizo y se acercó a la puerta.

—Tengo que salir de aquí.

—Lo llamaremos por la mañana, para arreglar el horario, no deje a este pobre niño de diez años solo.

Dante cerró los ojos un momento y luego juntó fuerzas para abrir la puerta y salir de ese lugar. Tenía que regresar a su casa, pero no quería ir allí, no quería hablar con su mujer, no quería que llegara el día siguiente. ¿Qué iba a hacer?

Ella (IX)

ERA DIFÍCIL RECORDAR cómo había llegado a la casa. Se sentía casi como cuando se había trasladado de su mundo a este otro.

Ahora estaba encerrada en la habitación que compartía con su marido.

—No, con el marido de ella —susurró a la vez que volvía a comprobar la ventana y la puerta.

Tendrían que abrirla en algún momento, para darle la comida al menos. Miró de reojo la bandeja sin tocar que había sobre la cómoda. Sí, les diría que tenía hambre y si no abrían, si no abrían entonces…

Volvió a comprobar la ventana. Pero aun cuando la pudiera abrir, aun cuando cupiera a través de ella y se atreviera a salir por la ventana de un segundo piso, no estaba segura de que hubiera algo de qué sujetarse por la parte exterior de la pared. Además, debía saber también a dónde iría. Era obvio que no podía regresar al departamento en el cual había estado viviendo hasta ese momento. Su marido le había traído todas sus cosas, las nuevas ropas que se había comprado y poco más; había estado juntando para su nueva casa. Pero ni eso le dejaron tener. ¿Y qué habría sucedido con su trabajo?, ¿qué habrían dicho allí?

Volvió a caminar de un lado a otro de la habitación, como si realmente hubiera algo que hacer. Solo podía esperar, esperar a que su marido se cansara. ¿Cuánta paciencia podría tener ese hombre?

Pero no era paciencia, no, era determinación, iba a tener una esposa con la Selena que fuera, lo quisiera esta o no.

Se escuchó un ruido en el pasillo, un cuchicheo del otro lado de la puerta. Aparecieron sombras que se movían en el umbral. Selena se acercó cuidando de no hacer ruido, no quería espantar a quien estuviera del otro lado, aunque sospechaba de quién se trataba. No sería su marido ni la hermana de este, que había venido a ayudarlo.

—¿Mami? —Se oyó la voz del otro lado.

Selena inspiró y dio un paso atrás.

Lo sabía, era uno de los niños, o tal vez los dos. ¿Qué les habría dicho su marido a ellos? Algo bastante bueno si se tenía en cuenta la esperanza que traslucía la voz que la llamaba.

—¿Mami? ¿Cuándo te pondrás bien, mami?

—¡No soy tu mami!

Se escuchó un sollozo y luego el ruido de pasos que corrían. Selena se llevó las manos a la boca. Eso fue cruel, eran solo niños, allí el único culpable era su marido.

—¿Mami? —era la otra voz—, no te enojes. Él todavía no entiende que no eres nuestra mamá original, pero yo sí, solo tienes que acostumbrarte a nosotros. Será fácil, como cuando me acostumbré a los nuevos compañeros de la escuela. No te preocupes, mami.

Selena presionó las manos contra los labios con fuerza para sofocar un sollozo.

Se oyó que rozaban la puerta con una mano del otro lado.

—No te preocupes, mami, todo irá bien.

Cuando la niña comenzó a cantar, Selena se tapó los oídos y luego huyó hacia el baño. Ya no quería que abrieran la puerta.

Él (IX)

PASÓ LA NOCHE EN VELA. Por más que lo intentaba, no daba con una solución. Lo buscarían. Si no iba al hospital, vendrían a buscarlo a su casa o irían al trabajo, no podía arriesgarse a que lo trajeran a su casa sin que él estuviera allí.

No sabía en qué momento de la mañana llamarían, así que decidió ir al hospital a primera hora. En el camino, llamó al trabajo para indicar que estaba enfermo. No fue hasta que llegó a la puerta que se dio cuenta de que el día anterior no lo había visto. No tenía idea de cómo se veía su hijo ahora, no sabía si lo iba a reconocer. Después de todo, él no era su verdadero padre. Todavía no sabía qué era lo que iba a hacer con él, pero no podía dejar que llamaran a su casa y lo llevaran allí con su mujer.

Dio un paso más y se congeló. ¿Y qué sucedería si algún día también llegara su esposa, su primera esposa? Lo recorrió un escalofrío. ¿Qué haría? No podría enfrentarse a ello, no sabía cómo hacerlo. ¿Sería bígamo?

Casi se rio ante el pensamiento, aunque la situación no tenía nada de graciosa.

«No puedo pensar en eso, no sucedió y no sucederá», intentó tranquilizarse a sí mismo.

Entró en el hospital y en la Recepción preguntó por la mujer que lo había atendido el día anterior, pero ella todavía no había llegado.

—¿Hay alguien más con quien pueda hablar? Tengo que ir al trabajo en unas horas.

—¿Por qué tema es?

Dante vaciló.

—Es por mi…, por un niño trasladado.

—Ah —dijo la mujer y lo miró con frialdad, parecía que la historia se había extendido por el hospital—, ¿entonces se va a hacer

cargo?

Dante inspiró.

—Yo…

—Mire, si no va a llevarlo a su casa, mejor que ni siquiera lo vea, ese niño no se merece que lo traten así. —Meneó la cabeza—. No entiendo cómo un padre puede… —se mordió el labio—, pero no es mi lugar. Puedo comunicarlo con la asistente social, ella sí está aquí, ¿quiere verla?

—Sí —dijo Dante con voz minúscula y se hizo a un lado, encogiendo su cuerpo, como si quisiera que no lo viera más.

La mujer que lo recibió era maciza y de mediana edad, tenía una expresión dura en el rostro.

—¿Usted es el padre?

—En teoría.

—Y en la realidad también, le guste o no, tiene su ADN y no es como si usted no hubiera querido hijos, también lo tuvo en este mundo y tengo entendido que tiene otro más. Entonces, ¿cuál es el problema?

Dante desvió la mirada.

—¿Es ella? ¿Tiene celos de sus hijos anteriores?

—Mmm.

La mujer hizo un ruido con la nariz.

—No se lo dijo… Usted tiene problemas, señor. Pero… —suspiró— esta situación es difícil para todos. Sin embargo, usted es el adulto y él solo un niño, ¿qué va a hacer? Si decide que no forme parte de su familia, borraremos todos los expedientes.

Ella (X)

NO ERA CONSCIENTE del tiempo que transcurría. Las horas se apilaban unas sobre otras y todavía no ideaba un plan para huir de allí. Le traían la comida cuando sabían que estaba dormida. Selena había intentado simular, pero siempre lo sabían, ¿cómo? No estaba segura; por un momento, pensó que tendrían una cámara instalada dentro del dormitorio. Sin embargo, no encontró nada y pronto se cansó de buscar. Tenía que concentrar sus fuerzas en escapar de ese lugar. Tanto los niños como su marido la visitaban cada tanto tras la puerta, siempre con promesas de que todo estaría bien, de que solo tenía que dejar pasar el tiempo y acostumbrarse.

Pero ella no quería acostumbrarse, ella no quería esa vida, ¿cuántas veces tenía que decirlo? Era cierto, tenía que quedarse en ese mundo, de momento, pero lo haría bajo sus términos, no los ajenos.

Un día oyó un golpe en el vidrio, ¿quién estaría llamándola a la ventana de un segundo piso? Se asomó con cuidado. Había una mujer algo mayor debajo, tirando piedras pequeñas contra su ventana. Selena le hizo señas de que no podía abrirla y la mujer no pareció sorprendida, simplemente le sonrió y le mostró una cuerda, una cuerda que estaba colgada desde su ventana hasta el suelo. ¿Cuándo había sucedido eso? No tuvo tiempo de pensarlo mucho, la mujer le mostró una piedra más grande y le hizo amague de que la lanzaría. Selena miró alrededor, el ruido llamaría la atención de su marido, la hermana de él o los niños, no sabía quién estaría en la casa en ese momento.

Intentó decírselo a la mujer, pero esta le sonreía y seguía haciéndole señas para que se moviera hacia atrás. Al final, Selena le hizo caso, ¿qué tenía que perder?

La piedra rompió la ventana y ella pudo destrabarla desde la parte exterior. La levantó a la vez que intentaba no cortarse

demasiado y luego utilizó la cuerda para bajar. Cuando llegó al piso, le dolía todo el cuerpo y tenía las manos enrojecidas, no sabía cuánto de ello era sangre.

—No tiene mucho tiempo —le advirtió la mujer a la vez que le daba un bolso con lo que Selena esperaba que fuera ropa—, dentro hay un pasaje de autobús para que se vaya lejos.

—¿Quién es usted?

—Una vecina, he visto lo que le han hecho. —Negó con la cabeza—. Los traslados vuelven loca a la gente. No está bien que la tengan encerrada. Si usted no quiere quedarse aquí, ¿qué bien puede hacerle eso a los chicos? Váyase, haga su vida, ellos aprenderán a seguir con la suya.

—¿Cómo puedo agradecerle?

La mujer sonrió.

—Sea feliz, todo lo que pueda en este mundo. Solo espero que alguien haya hecho lo mismo por mi hija en donde sea que esté.

Selena titubeó y al final le dio un rápido abrazo antes de tomar el bolso y salir corriendo. No se detuvo hasta varias cuadras después, para cambiarse la ropa y fijarse dónde debía abordar el autobús. La mujer también había incluido algo de dinero. El autobús salía en una hora.

Él (X)

¿PARA QUÉ LE HABÍA DICHO a esa mujer que lo pensaría, que solo necesitaba un par de horas? ¿En qué podría cambiar un par de horas su opinión? Aún no sabía qué hacer con el niño ni cómo explicárselo a su mujer. ¿Qué diría ella cuando él se presentara allí con un niño de diez años que era solo de él y le informara que desde ahora vivirían todos juntos?

No había forma de decirlo con delicadeza, no, pero eso tampoco justificaba el golpe que sería para ella. Él tenía un hijo con otra mujer, un hijo anterior, y lo traía a vivir allí. Seguramente, ella se preguntaría qué haría si regresaba su mujer, ¿volvería con ella también?

«No, ya tengo otra mujer, ya tengo otra familia, esto es como un divorcio, los hijos anteriores son compartidos, las parejas, no».

Tal vez era eso lo que tendría que haberle dicho a su mujer desde el principio, que era divorciado desde hacía años. Aunque, en realidad, él no tenía la culpa, ¿cómo podía saber que alguno de ellos volvería? Habían pasado años, incluso antes de que conociera a su actual mujer.

Sentado en aquella plaza sin juegos y niños, no podía decidirse por una idea. Ya había aceptado que su hijo viviría sin él, entonces, ¿por qué no podía seguir siendo así? Todavía era pequeño, seguramente encontraría una familia que lo acogiera…

«No, no, esto está mal», se llevó la cara a las manos y se apretó los ojos con fuerza.

—¿Está bien? —le preguntó una mujer que se sentó a su lado sin tocarlo.

Él se incorporó de un salto. Conocía a esa mujer, era la misma que había visto desaparecer en una ocasión, ¿acaso habría regresado?

—Yo la conozco.

—¿En serio? —Frunció el ceño ella—. No lo creo, no hace mucho que estoy aquí, ¿sabe? Me trasladaron hace unos años.

Dante pestañeó, la había visto irse y también la había visto después, cuando se sentó a su lado hacía unos días. ¿Entonces no era la misma mujer? ¿Eran varias versiones de la misma?

Dante sacudió la cabeza.

—Disculpe, estoy algo confundido.

—No hay problema, ¿se debe a un…? Usted sabe.

Dante inspiró.

—Sí, un traslado, pero no el mío, mi hijo…

—Lo lamento, ¿hace mucho?

—Varios años —miró hacia el horizonte—, pero ahora… regresó, aunque no es él, no realmente.

La mujer asintió.

—Lo entiendo. Mejor de lo que cree. Yo misma a veces no sé quién soy, si yo o la mujer a la que reemplacé en este mundo que también era yo, una yo que no había elegido. —Sonrió—. Esto no tiene sentido y solo nos hace doler la cabeza. Pero creo que, si ahora se le da la oportunidad de recuperar la vida que le habían quitado, ¿no debería estar más feliz?

—Es que yo… ya la había olvidado.

—¿En serio?

—Sí.

—¿En serio?

Dante abrió la boca.

—Lo intenté con todas mis fuerzas.

La mujer lo palmeó en la espalda.

—Sí, lo sé, pero somos quienes somos por las elecciones que ya tomamos, no podemos ser las mismas personas que no tomaron esas decisiones. Yo luché para recuperar mi vida como era. Es difícil, pero se puede. ¡Ánimo! No todo el mundo tiene la posibilidad de recobrar su vida.

Dante asintió y seguía haciéndolo aún cuando la mujer se había ido.

Ella (XI)

FUE UNO DE LOS PEORES VIAJES de su vida. Incluso peor que cuando había abandonado su casa para ir a vivir sola, apenas cumplidos los dieciocho años. Y ahora sería más o menos lo mismo, tendría que empezar desde cero, aunque probablemente con sus años sería más difícil encontrar un trabajo que cuando era casi una adolescente. Necesitaba uno en el que no le hicieran muchas preguntas, al menos durante el tiempo suficiente para juntar algo de dinero. No tenía identificación, eso se lo había quedado su marido cuando la encerró en esa habitación. Tendría que ingeniárselas. Tal vez si en la nueva ciudad decía que era una trasladada y no tenía la documentación, le darían otra. ¿Sabrían que había huido de una ciudad vecina? Tendría que averiguarlo antes de hacer la consulta.

Los primeros meses fueron duros, hasta que pudo alquilar un departamento pequeño y sin muebles con el sueldo de camarera en doble turno. Llegaba todos los días agotada a su casa y no había allí nadie que la esperara, ni siquiera una gata. Había pensado varias veces en conseguirse una mascota, pero no dejaba de verse a sí misma recogiendo la gata en su propia casa. No había una mascota para ella en ese mundo.

Suspiró cuando llegó esa noche y se quedó mirando el techo, con la pintura que caía sobre uno sin previo aviso, como una tormenta de verano. La hacía sentirse tan triste. Lo había perdido todo y empezar de nuevo no era nada agradable. Al menos, era lo que ella quería, ¿no? Eso era lo que había elegido, estar sola, hacer su vida, ser feliz a su manera. Solo tenía que esperar un poco más para ajustar las cosas, igual que en su mundo anterior. A lo mejor, esta vez, en lugar de una gata, se buscara un perro. Sí, eso tal vez pudiera cambiarlo. Un perro sería más leal, siempre la esperaría a ella y no a cualquier otra Selena. Pero no podía tener un perro, no cuando trabajaba más de

doce horas al día y apenas pasaba por ese departamento sin muebles y lleno de humedad y cucarachas.

Pero era su vida y eso era todo lo que importaba. Era libre de hacer lo que quisiera, no dependía de nadie y nadie dependía de ella. Casi ni pensaba en el marido y los hijos que había dejado en la otra ciudad, a menos que fuera para asegurarse de que no la estuvieran buscando. Lo único que le importaba y a lo que estaba atenta en el televisor del trabajo, ya que no tenía uno propio, era a si había más noticias sobre los traslados, si por fin habían encontrado la forma de regresar a su mundo, a su vida anterior. No creía que lo anunciaran, porque no querían que la gente se fuera, pero estaba segura de que, si oía con atención, escucharía algo que le indicara que sí lo habían logrado, que las puertas estaban abiertas y podía regresar a su propia vida. Mientras tanto, tendría aquí una existencia lo más similar posible a aquella.

Él (XI)

VOLVIÓ AL HOSPITAL y le dijo a la asistente social que se llevaría a su hijo, pero que primero tenía que hablar con su mujer, no podía simplemente aparecerse con él en su casa.

La mujer lo aceptó y le concedió un día más.

«Un día más», pensó Dante mientras caminaba desde el hospital a su casa. Le llevó varias horas, pero decidió que eso le daría tiempo para decidir qué le diría y cómo. Sin embargo, cuando llegó a su casa, todavía no estaba seguro.

Ella abrió la puerta con una sonrisa que le tembló en el rostro cuando lo vio.

—¿Qué sucede, Dante?

—Tenemos que hablar —dijo él sin entrar en la casa, había tocado el timbre.

Ella se volvió hacia atrás. El niño estaba en la sala jugando en el suelo.

—Lo podemos ver desde la ventana.

Ella asintió y cerró la puerta después de salir, se pararon junto a la ventana.

—Hay algo de lo que nunca hablamos. Tal vez tendría que habértelo dicho antes…

—¿Hay otra?

Dante la miró sorprendido. Claro, eso era lo primero que se le ocurriría. Negó con la cabeza.

—No la hay, pero la hubo, antes de ti, mucho antes.

Ella asintió, en silencio, a la espera, tensa.

—Tuvimos un hijo.

Su mujer se retorció los dedos.

—Ellos fueron trasladados —a Dante la voz se le atragantó en la garganta—, hace tantos años, tanto tiempo antes de conocerte.

Todavía no se sabía mucho entonces.

—¿Fuiste a verlos?

Ella lo miraba con expectativa, los ojos húmedos.

—No —dijo él con tristeza—. No, porque ya tengo una familia —intentó sonreír—, una que amo con toda mi alma.

—¿Entonces? —preguntó ella, como si presintiera que había algo más.

—Mi hijo, él… regresó. —Se frotó el rostro con las manos—. En realidad, no es él, o sea sí, pero no el que fue trasladado, sino que es de otro de los universos posibles. No sé cómo lo saben, pero fue lo que me dijeron. Volvió solo.

Ella miró alrededor.

—¿Dónde está?

—En el hospital.

—¿Lo dejaste ahí?

Dante dio un paso atrás.

—¿Qué iba a hacer, qué podía hacer? No podía…, no iba a…, tenía que hablar contigo…

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Ella entró raudamente a la casa, él fue tras ella.

—Me enteré ayer.

—No, no —dijo ella mientras juntaba los juguetes y recogía al bebé—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Todo este tiempo… sentía que algo te atormentaba, pero no sabía… —Lo empujó hacia afuera—. Vamos.

—¿A dónde?

—Al hospital, ¿a dónde si no? No puedes dejarlo allí. Pobre niño, ¿cuántos años tiene?

—Diez.

Ella suspiró.

—No podemos dejarlo pasar otra noche solo en una habitación de hospital. ¿Qué te dijeron?, ¿podemos traerlo a casa?

—Sí, sí, —dijo Dante—, solo quería hablar contigo antes.

Ella sonrió, animada.

—Vamos por él.

Las primeras semanas fueron difíciles, pero no para su mujer y su hijo, no, ellos parecían congeniar y él estaba encantado con su nuevo hermano. Era Dante el que no sabía qué hacer con esa familia, ¿la trataba como la anterior o como la nueva? No sabía cómo relacionarse con su hijo, cómo decirle que esa no era su madre. ¿Cómo reconciliaba dos vidas, una de las cuales creía olvidada?

Ella (XII)

SIN EMBARGO, PASÓ MÁS DE MEDIO AÑO y no escuchó nada. Pronto empezó a cansarse de prestar atención, hasta que dejó de oír el televisor. Solo escuchaba las conversaciones que se sucedían a su alrededor. Charlas de familias, parejas, amigos, ninguna de esas personas alguna vez entraba sola en el bar. Ella era la única que siempre estaba sola cuando llegaba a su casa.

—No —murmuró mientras se empeñaba en limpiar lo poco que se podía de su habitación apestosa, todavía no había juntado lo suficiente para mudarse a otra ni había conseguido un trabajo con mejor paga—, no me molesta la soledad. Es solo que todavía no puedo tener la misma vida que tenía antes. Cuando tenga una casa más linda, un mejor empleo…

Se quedó allí y volvió a suspirar. Porque lo cierto era que todavía no se animaba a pedir una nueva identificación y no podría conseguir un empleo mejor sin ella ni un mejor lugar para vivir sin un empleo decente, al menos no sola.

—¡Otra vez pensando en lo mismo! —Levantó los brazos y dejó de limpiar.

Su mente siempre regresaba al mismo lugar porque estaba frustrada, eso era todo. Nunca había tenido problemas con la soledad. Cierto, cada tanto pasaba la noche o algunas noches con algún hombre, pero ahora no le apetecía y eso no era raro, no tendría que afectarle tanto. Tal vez sí debería comprarse otra gata o adoptar una de la calle. Un poco de compañía no le vendría mal, ya que no tenía ni un televisor en la casa y el silencio era tanto. Se la pasaba oyendo los ruidos de los vecinos, sus discusiones, las risas y los gritos de los niños, eso era lo que más le molestaba: las voces de los niños le hacían recordar esas otras voces tras la puerta. A veces, miraba la puerta y veía las sombras que se movían en el umbral, pero no podía ser eso.

En esos casos, esperaba a que se fueran y luego se aseguraba de que la puerta estuviera cerrada, aunque no le tuviera mucha fe.

Cada vez pasaba más noches tendida en la cama con los ojos abiertos, mirando el techo, atenta a la puerta, a si se oían cuchicheos, a si alguien venía a visitarla, aunque fuera por equivocación.

Una mañana, casi se animó a ir al centro de atención para trasladados, pero ¿qué podía decir? Ya había pasado un año desde que huyera y nadie la había buscado. O, al menos, eso creía. ¿Por qué no? ¿Acaso su marido por fin se había dado por vencido?

—No —murmuró a la vez que se daba la vuelta y continuaba hacia su trabajo como camarera—, él no es mi marido, es el marido de la otra Selena y yo no soy ella.

Se miró las manos, cada vez más maltratadas. Y luego en el espejo, cuando terminó de ponerse el uniforme.

—Pero tampoco soy yo —musitó.

Ese mismo mes tenía que conseguirse otro trabajo, no podía dejar pasar más tiempo. Si no, ¿cuándo recuperaría su vida?

Él (XII)

¿Es que otra vez tenía que dejar todo atrás, olvidar su vida y crearse otra? Suspiró con cansancio mientras veía a sus dos hijos jugando en el jardín. Se parecían y, a la vez, eran muy diferentes, como si fueran reflejos de su propia vida, de dos etapas de su existencia.

Su mujer lo había tomado muy bien y parecía estar feliz, pero él no estaba seguro, ¿cómo podía saber lo que pensaba? Le había sorprendido su reacción. Ella se había comportado bien, pero no él, no cuando otra vez tenía que volver a ajustar su vida, aunque esta vez no era fácil. Tenía que volver a olvidar a su familia actual, o al menos la familia como estaba actualmente, ahora tenía una nueva configuración y él no sabía cómo dejarla como debía. Una mujer y un hijo, o una mujer y dos hijos, pero una mujer y dos hijos de mujeres diferentes…, eso no cerraba. Una familia había reemplazado a la otra y ahora estaban las dos allí juntas, eso no tenía sentido. Y no podía dejar de pensar en que, en cualquier momento, podría aparecer su esposa vieja y entonces, ¿qué haría? ¿Regresar a la familia anterior?

Ya estaba perdido con este mundo y sus posibilidades. Él ya había elegido y no necesitaba más opciones, ¿por qué el universo se empeñaba en hacerle la vida más difícil?

Le llevó unos meses volver a adaptarse a su vida, aunque todavía no sabía cómo tratar a sus hijos, si de forma diferente o igual, si recordarle al mayor que tenía otra madre o no. Al final, decidió que lo otro estaba olvidado y que esta era su nueva familia y este sería solo un hijo más con su actual esposa, solo otro hijo en esta misma vida.

Y no hubiera sido muy difícil conseguirlo si no fuera porque, cuando se iba a cumplir un año del traslado de regreso de su hijo, apareció una hija. Una hija trasladada de su primera esposa, una hija

que no había tenido en este mundo pero que tal vez tendría en otro si su esposa e hijo no se hubieran trasladado. ¿Qué iba a hacer entonces? No podía pedirle a su mujer que aceptara a otro hijo, a una hija, no, eso no tenía sentido, así no era su familia, ya tenía una, ¿para qué seguían apareciendo más?

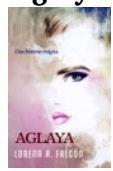
La niña era casi una bebé, así que la dejó en el hospital, otra familia la adoptaría. Nunca se lo diría a su esposa, no podría aceptar que ella accediera así nomás, él no podría hacerlo, tendría que perder esa parte de él. De todas formas, ya la había perdido, hacía muchos años, cuando perdiera a su esposa, ya lo había olvidado y lo había aceptado. No sería difícil olvidar otra vez. Solo podía esperar que no siguieran apareciendo hijos y que su primera esposa nunca fuera trasladada a este mundo ya fuera de regreso o desde ningún otro, no podría soportarlo. El pasado era pasado y solo deseaba que se quedara allí con todas sus posibilidades perdidas.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en Amazon.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya



Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.
Disponible en Amazon.

El talismán del emperador

El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.
Disponible en Amazon.

¿Quieres leer más ciencia ficción?
Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra mis *novelettes*.

Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en *Twitter* o *Instagram*.

Agradecimientos

¡Gracias por poder publicar mis libros! Y gracias a ti por leerlos.

Otras obras publicadas

Un camino marcado

El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Ema sabía que estaba destinada a una vida de grandeza. Cuando la oportunidad se cruza en su camino, se lanza a una búsqueda que puede cambiar el destino de su reino y del mundo.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debe actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir victoriosa.
Todas las pistas la llevan de regreso al comienzo. Nunca se había preocupado por su pasado, hasta ahora.

Disponible en Amazon.

Vidas paralelas, destinos cruzados

La vida que odias, alguien más la quiere.

Todos los días de Carola son iguales. Hasta que una noche se abre una ventana a otro mundo. Allí Carola es una bruja poderosa. Todo lo que tiene que hacer es intercambiar lugares con su doble. ¿Qué puede salir mal?

Disponible en Amazon.

Por un par de alas

Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, electrodomésticos rebeldes, viajes en el tiempo, futuros distópicos, viajes en el espacio… Hay una historia para cada uno de tus sueños o de tus pesadillas.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida.
En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible en Amazon.

Todas mis partes

¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon… ¿por qué no?

Disponible en Amazon.

Un último conflicto

Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Tamara no quiere problemas, pero cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti.
Ahora ella y su amigo Hugo deben huir, o pueden ayudar a los ángeles a derrotar a los monstruos. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en Amazon.

La hermandad permanente

Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, solo quiere huir de esa magia que la oprime. Con una sola decisión, cambió su destino. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en Amazon.

El despertar de las gárgolas

Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Mientras su pueblo trata de sobrevivir, Tura encuentra un poder que nadie quiere que tenga. Ella es capaz de despertar a las gárgolas que pueden salvar a su reino y elevarla a ella. Siempre quiso poder, pero ¿alguna vez supo si podría manejarlo?

Disponible en Amazon.

Dejemos la historia clara

Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, Clara emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso ella cree.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Todo la que la rodea son preguntas. La principal que deberá enfrentar es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible en Amazon.

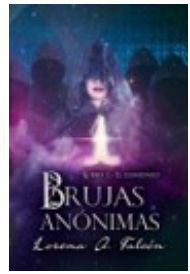
Antifaces

No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

En esta novela nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de todas sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, a la vez que se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



Ebook gratis

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura de Micaela comienza cuando una noche es atacada por una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible en Amazon.

La torre hundida

Un pasado incierto; una familia perdida.

Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en Amazon.

Intercambios (extracto)

Capítulo I

TERESA SE ACARICIÓ LA PANZA. Todavía no se podía ver nada. Todavía no se podía sentir nada. Pero la sonrisa apareció en su rostro solo con pensarlo. No podía esperar a que llegara su marido del trabajo. Varias veces había intentado llamar a su madre y había colgado. No, no estaba bien que se lo dijera primero a ella, tenía que ser a César, él sin duda estaría emocionado, siempre había querido hijos y en los dos años que llevaban de matrimonio no hablaba de otra cosa.

Ella se había sentido un poco reacia, saber que un hijo la cambiaría, que solo el hecho de llevarlo consigo cambiaría quién era, que ese hijo le quitaría una parte de sí…

«No, no puedo pensar en eso, es así para todo el mundo, estará bien».

Entonces, sintió que su marido abría la puerta y corrió a su encuentro.

***

EL EMBARAZO FUE UNA EXPERIENCIA que no olvidaría jamás. Antes ya escribía un diario, pero cuando quedó embarazada, no dejó de escribir ni un solo día, incluso escribía varias veces al día. Cada uno de sus sentimientos y pensamientos estaban allí, para que después pudiera volver a ellos cuando quisiera.

Los meses pasaron de manera bastante alegre, la incertidumbre había sido olvidada a las pocas semanas. La única que actuaba con un poco de rareza era su madre, Elena, quien cada tanto se quedaba mirándola con melancolía.

«Es que no puede creer que su hija ya vaya a tener una hija propia», decía César y Teresa aceptó esa explicación.

Sí, sería una niña y su marido esperaba que fuera igual a ella. Y en parte lo sería. Cada nuevo niño intercambiaba células con su madre, le dejaba suyas y tomaba las de ella. Así que su hija no solo tendría sus cromosomas, sino también el ADN propio de ella y el de su madre que había intercambiado ella en el útero y a la vez el de su tía, que era mayor que su madre, y el de la abuela...

«Uf, ¿es que esa niña acaso sabrá quién es realmente?», pensaba ella con regularidad. Pero el mundo siempre había funcionado así y seguía haciéndolo, no parecía estar dañando a nadie. O nadie parecía notarlo. Aunque era cierto que varias parejas se separaban después de

tener un hijo o varios, sobre todo varios. Es que las madres cambiaban después de los hijos, sus personalidades eran otras.

«Pero no será así con mi hija, no cambiaré tanto, ¿no?».

Sin embargo, cada vez que la sentía moverse dentro, se olvidaba de todas sus dudas y solo pensaba en tenerla pronto en sus brazos.

Finalmente, llegó el día del parto y todo salió con normalidad. Ella sostenía en sus brazos a su pequeña niña y no pudo evitar llorar. Había creído que de alegría, pero luego de unos instantes no podía parar y tuvo que pedir que César se llevara al bebé mientras ella se acurrucaba en la cama y lloraba.

Los primeros días no podía evitar que la embargara la tristeza cada vez que veía a su hija. Era como si más que un nacimiento fuera una pérdida. Y además sentía cierto anhelo cada vez que la sostenía en sus brazos.

Cuando volvieron del hospital después de una semana, César estaba constantemente detrás de ella, intentando que recuperara la felicidad.

—¿Por qué no escribes tus diarios? No podías estar más que unas horas sin escribir y ahora hace como una semana que no los tocas.

Teresa frunció el ceño.

—¿Diarios? No sabía que escribía.

Su marido vaciló, con los diarios en la mano.

—Bueno, ¿por qué no pruebas? Tal vez lo recuerdes todo.

Teresa los tomó y esperó a que César saliera de la habitación con su hija. Abrió el primer diario, era de una semana antes de que naciera su bebé. ¿Pero quién era la persona que había escrito esas páginas? Ni siquiera estaba segura de reconocer esa letra como suya.

Después de unas semanas solas con la bebé, cuando ya todos los amigos y familiares habían pasado por su casa para visitarla y saludarla, Teresa creyó que era hora de hablar con su madre. Había algo en todo eso que no terminaba de convencerla y tal vez fuera algo que estaba haciendo mal. Había leído varios de los diarios y, aunque había llegado a reconocer la letra e incluso recordar los momentos en los que los había escrito, los sentimientos ya no estaban allí. Ahora lo veía todo diferente y ya no tenía deseos de escribir.

Miró a su hija en su cuna, estaba dormida después de haber sido cambiada y de haber comido. La amaba, de eso estaba segura, pero junto con esa sensación tibia en el pecho, también la embargaba una gran tristeza y se encontraba a sí misma buscando algo en el rostro de su hija, algo que no sabía lo que era.

Su madre fue a visitarla una tarde y, después de jugar un rato con la bebé, cuando pudieron ponerla a dormir, se sirvieron un café para ellas, para poder charlar.

—Mamá… —Teresa se detuvo, no sabía bien cómo continuar la oración—, cuando me tuviste a mí…, ¿qué sentiste en realidad?

Elena sonrió con cierta tristeza, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Es normal que te sientas algo perdida. Es como si tu bebé se llevara una parte tuya que no puedes recordar. Pero está bien, lo principal está allí y ahora hay más.

—Pero no me siento como yo misma.

—Eres tú misma, pero un poco diferente.

Teresa tomó un trago de café y se quedó mirando el líquido negro de su taza.

—¿Qué tan diferente? —Levantó la vista—. ¿Puedes notar la diferencia?

Elena se demoró en la respuesta.

[…]

Ya disponible en Amazon en *ebook*.